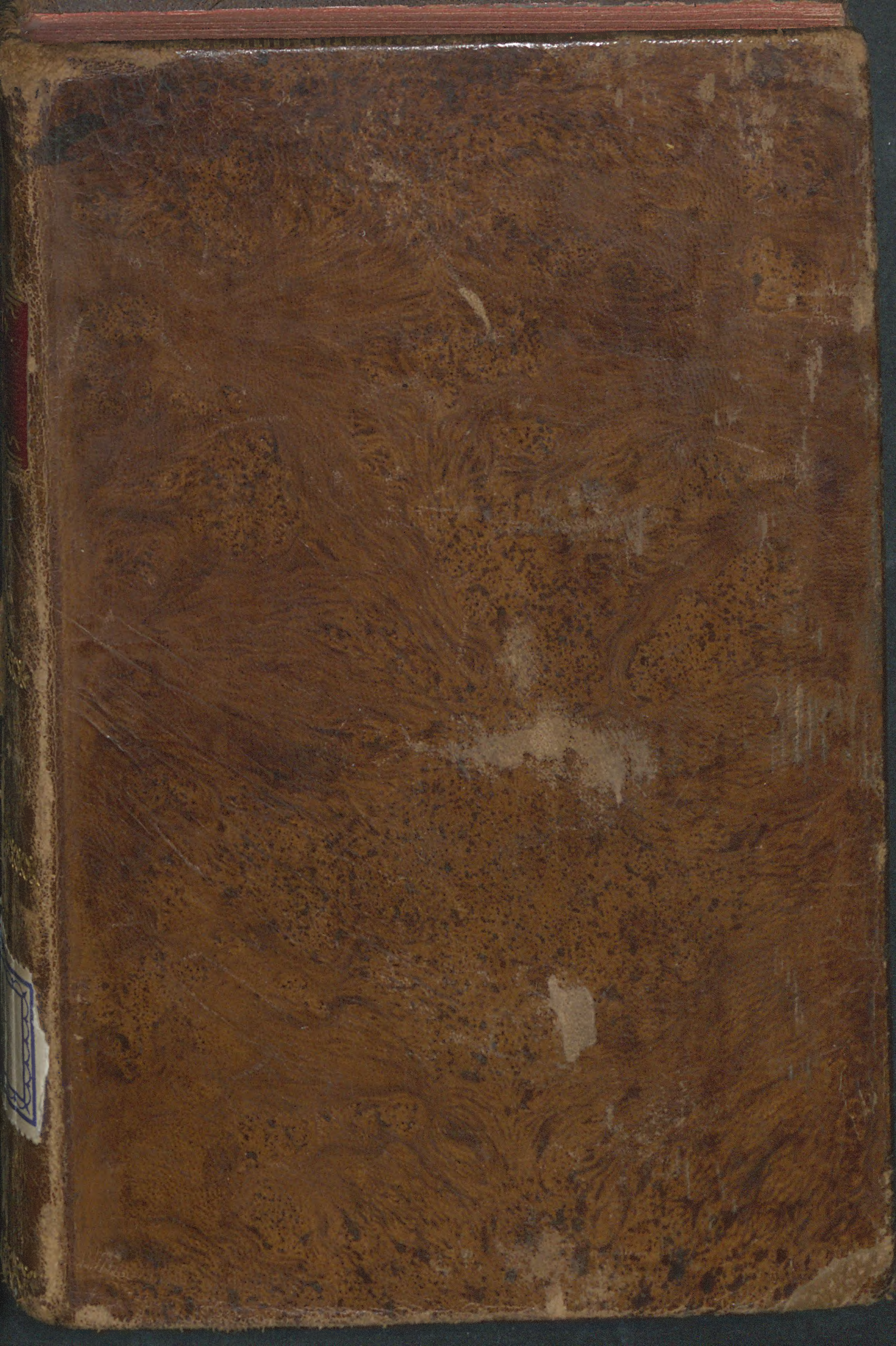





Ha.
2801

4/583

F. M. G.


4
583


FACULTAD
DE
FILOSOFIA y LETRAS
SEVILLA



Giuseppe Cades inv. e del. *Gio. Batta Leonetti incise*

HAMLET.

TRAGEDIA

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE.

TRADUCIDA É ILUSTRADA

CON LA VIDA DEL AUTOR

Y NOTAS CRÍTICAS.

POR

INARCO CELENIO

P. A.

J. HAZAÑAS



MADRID

EN LA OFICINA DE VILLALPANDO.

MDCCLXXXXVIII. 1798

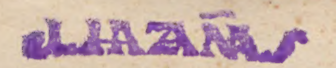
Si non errasset, fecerat ille *minus.*

MARTIALIS epigrammat. lib. I.

PRÓLOGO.



La presente Tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas freqüencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten y los defectos que manchan y obscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso: compuesto de partes tan diferentes entre sí, por su calidad y su mérito, que dificilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de a-



quel autor ni de aquel teatro; y por consequencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare y del gusto que reyna todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica; que desde las primeras scenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de comocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inuti-

les, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de carácter; haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sofocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros: capaces solo de excitar la risa de un populacho vinoso y soez. Llega el desenlaze donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata: amontonando circunstancias inverisimiles que destruyen toda ilusion, y

ya desnudo el puñal de Melpomene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la exîstencia de una providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe, el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa: todo se confunde en igual destrozo.

Tal es en compendio la Tragedia de Hamlet, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no aña-

diéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra: los inteligentes deberán juzgarlo. Baste decir, que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos; sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y expresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un extrangero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras

enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras obscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma: á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y explicar sus obras; lo qual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavía como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento; le animó por otra parte el deseo de presentar al Público español una de las mejores piezas del mas celebra-

do trágico inglés: viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion, ni del mérito de sus autores. Otros, quizás, le seguirán en esta empresa y facilmente podrán obscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos, en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los extrangeros han hecho de esta Tragedia, el auxîlio que debió esperar. Mr. Laplace imprimió en francés una traduccion

de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos, no dexó de merecer aceptacion; hasta que Mr. Letourneur publicó la suya: que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseía perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escue-

la: se esforzó quanto pudo por imitarle, en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre exemplo arrastró á muchos Poëtas, que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito; que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne Poëta subió á

la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta Racinista y apurando para ello quantas sutilezas sugiere el ingenio y quantos medios buscan la desesperacion y la envidia; si por un momento excitaban la risa de los lectores, caían despues en obscuridad y desprecio, quando aparecia en la scena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entónces se publicó la traduccion de Letourneur: impresa por suscripcion, dedicada al Rey de Francia y sostenida por el partido numeroso de aquellos, á

quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse, pues, de exâltar el mérito de Shakespeare y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y capáz de disputar la corona á los Euripides y Sofocles. Así pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxîliares y extrangeras: sin detenerse mucho á considerar quán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será dificil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakes-

peare. Reunió en un discurso preliminar y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, quanto creyó ser favorable á su causa: repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota: negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte y estableciendo una nueva Poética, por la qual, no solo quedan disculpados los extravíos de su idolatrado autor; sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasages en que Shakespeare, felizmente sostenido de

su admirable ingenio, expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza ó reflexîona melancólico con profunda y sólida filosofia, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personages, del carácter que les dió, de lo que dixeron antes, de lo que debe suceder despues; y acalorado por una especie de frenesí, no hay desacierto en que no tropieze y caiga; entónces el traductor francés le abandona y nada omite para disimular su deformidad: suponien-

do, alterando, substituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y agenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos, pues, de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia, y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo; coincidiendo por necesi-

dad con los traductores franceses, quando los halló exâctos, y apartándose de ellos quando no lo son: como podrá conocerlo facilmente qualquiera que se tome la molestia de cotexarlos.

Esto es solo quanto quiere advertir acerca de su traduccion. La vida de Shakespeare y las notas que acompañan á la Tragedia, son obra suya, y á excepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar) todo lo demás, como cosa propia, lo abandona al exâmen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo

de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ú de reflexîon, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar qüestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna: si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las Letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena Poesía, y el merecido abandono y descredito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

VIDA

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE.

Guillermo Shakespeare nació en Stratford, pueblo de Inglaterra, en el Condado de Warwick, año de 1564, de familia distinguida y pobre. Era su padre comerciante de lanas; y deseando que Guillermo, el mayor de diez hijos que tenia, llevase adelante el mismo tráfico, le dió una educacion proporcionada á este fin: con exclusion absoluta de qualesquiera otros conocimientos, que pudieran haberle hecho mirar con disgusto la carrera á que le destinó. Así fue, que apenas habia adquirido algunos principios de Latinidad en la escuela pública de Stratford; quando aun

no cumplidos los diez y siete años, le casó con la hija de un rico labrador y comenzó á ocuparle en el gobierno de la casa, y en las operaciones de su comercio. Obligado de la necesidad venció Guillermo la repugnancia que tenia á tal profesion; y hubiera continuado en ella si un accidente imprevisto no le hubiese hecho salir de la obscuridad en que estaba, abriéndole el camino á la fortuna y á la gloria.

Acompañado Shakespeare con otros jóvenes mal educados é inquietos, dió en molestar á un caballero del pais llamado Tomás Lucy, entrando en sus bosques y robándole algunos venados. Esta ofensa irritó en extremo el ánimo de aquel caballero, y por mas que el jóven Guillermo procuró templarle, arrepentido sínceramente de su exceso y ofreciéndole quantas satisfacciones pidiese,

todo fué en vano: el Señor Tomás Lucy era uno de aquellos hombres duros que no conocen el placer de perdonar. Sentido Shakespeare de tal obstinacion, quiso vengarse en el modo que podia, escribiendo contra él algunos versos satíricos, los primeros que en su vida compuso; poniendo en ridículo á un hombre iracundo y poderoso, que á este nuevo agravio redobló sus esfuerzos, imploró todo el rigor de las leyes y le persiguió con tal empeño que al fin hubo de ceder como mas debil, y no hallando seguridad sino en la fuga, abandonó su pátria, y su familia, y se fué á Lóndres, solo, sin dinero, ni recomendaciones en aquella Ciudad, ni arrimo alguno.

En aquel tiempo no iban los caballeros encerrados en los coches entre cristales y cortinas como hoy sucede;

iban á caballo, y á la entrada de los teatros, de las Iglesias, de los tribunales, y en otros parages públicos, habia muchos mozos que se encargaban de guardar las caballerias á los que no llevaban consigo criados que se las cuidasen. Tal fue la ocupacion de Shakespeare en los primeros meses de su residencia en Londres: se ponia á la puerta de un teatro y servia de mozo de caballos á quantos le llamaban, para adquirir algunos quartos con que poder cenar en un bodegon. ¿Quién, al verle en aquel estado obscuro é infeliz, hubiera reconocido en él, el mejor Poëta Dramático de su nacion, el que habia de excitar la admiracion de los sábios, el que habia de merecer estatuas y templos?

La circunstancia de hallarse diariamente á la entrada del teatro, le facilitó el conocimiento de algunos cómicos,

que viendo en él mucha viveza y buena disposicion, se le hicieron amigos y en breve le determinaron á salir á la scena para desempeñar algunos papeles subalternos; pero no correspondieron los efectos á la esperanza que de él se habia concebido. Rara vez la naturaleza pródiga sus dones, y quasi nunca permite que un hombre sobresalga en dos facultades distintas: que tal es la limitacion del talento humano. Dicese unicamente que Shakespeare desempeñaba muy bien el papel del muerto en la tragedia de Hamlet: elogio que puede considerarse como una prueba de su corta habilidad en la declamacion.

Como quiera que sea, su admision al teatro dispertó en él una inclinacion decidida á la Poesía Dramática: le dió á conocer la mayor parte de las piezas que entonces se representaban, las estu-

dió, mas que como actor, como filosofo: exâminó el gusto del público, y vió en la práctica por quales medios la Poesía scenica, suspende, conmueve, deleita los ánimos y domina con hechizo maravilloso en las opiniones y los afectos de la multitud.

Hallábase entonces el teatro inglés en aquel estado de rudeza y barbarie propio de una época tan inmediata á los siglos de ignorancia y ferocidad. La nueva aurora de las letras, que habia comenzado á ilustrar á Italia mucho tiempo antes, no habia llegado aun á los remotos Britanos, separados del orbe. Las grandes revoluciones que habia sufrido aquella nacion, el choque obstinado de opiniones y dogmas religiosos que por largo tiempo la agitaron, el establecimiento de una nueva creencia, la necesidad de resistir con la politica

y las armas á sus enemigos exteriores, mientras en lo interior duraban mal extinguidas las centellas de discordia civil: fueron causas capaces de retardar en aquel pais los progresos de la ilustracion, y por consiguiente los del teatro.

Pueden reducirse á tres clases las piezas que entonçes se representaban en Inglaterra: *Misterios*, *Moralidades* y *Farsas*. Los *Misterios* no eran otra cosa que unos dramas donde se ponian en accion los hechos del viejo y nuevo Testamento, y aún se conservan en el Museo Británico los que se dice fueron representados en el año de 1600 intitulados: *La caida de Luzbel. La Creacion del Mundo. El Diluvio. La Adoracion de los Reyes. La Degollacion de los inocentes. La Cena. La Pasion. El Antechristo. El Juicio final*, y otros por el mismo gusto. En estas compo-

siciones se veia una mezcla informe de sagrado y profano, en que se anunciaban las verdades de la Religion, entre puerilidades ridículas é indecentes que podrian llamarse escandalosas y sacrilegas; si la buena fé de sus autores y la ignorante sencillez del auditorio, no fueran suficiente disculpa de tales desaciertos. En las *Moralidades* se agitaban qüestiones politicas y dogmáticas, se ridiculizaba la Iglesia Católica, y se aplaudia (como es de creer) la nueva reforma. La falta de invencion y artificio de tales obras era sin diferencia alguna como en los *Misterios*, con la única variedad de que en las *Moralidades* la fábula y los personages eran alegóricos: la *Virtud*, la *Supersticion*, los *Cinco sentidos*, la *Fidelidad*, el *Valor*, las *Promesas de Dios*, el *Amor profano*, la *Conciencia*, la *Simonía*, tales eran los en-

tes metafisicos que hacian papel en estos dramas extravagantes. Las *Farsas*, composiciones desatinadas, obscenas, atrevidas, perjudiciales á las buenas costumbres y al honor de muchos particulares que ridiculizaban con escandalosa libertad, eran, no obstante, las que mas se acercaban á la Tragedia y la Comedia; por quanto en ellas, ó se trataban hechos historicos, ó se pintaban caractéres y costumbres, imitadas, aunque mal, de la vida civil.

Estas eran las piezas que durante el siglo XVI se representaban en Londres, siendo actores de muchas de ellas los Músicos de la Capilla Real, los Coristas de S. Pablo, los Frayles de S. Francisco, y los Curas y Clerecía de las Parroquias; y tal fue el estado en que Shakespeare halló el teatro de su nacion á fines del mismo siglo.

No habia recibido en su educacion, como ya se ha dicho, una instruccion capaz de conducirle por la carrera que emprendió; y los exemplos que veia en su pátria, lejos de formarle el gusto, podian solo contribuir á corrompersele.

Italia era la única nacion que en aquel tiempo tuviese piezas dramáticas escritas con arte: habiéndose introducido allí por la imitacion de las obras célebres, que nos dexó la antigüedad. En España comenzaba entonces el teatro á deponer su original rudeza. Lope de Vega contemporaneo de Shakespeare, con mas estudio que el Poëta inglés, menos filosofia, igual talento, fácil y abundante vena, en que no tuvo semejante, enriquecia la scena nacional, dando á sus fábulas enredo, viveza, interés y aparato: abriendo el paso á los que le siguieron despues, y fixando en el teatro espa-

ñol, aquel caracter que le ha distinguido entre los demas de Europa.

Pero en Inglaterra se ignoraba el mérito respectivo de los italianos y españoles, y por lo que hace al teatro francés, ¿qué podria adelantar ninguno con la lectura de sus dramas groseros é insipidos? Chocquet, Greban, Jodelle, Garnier, Chretien y otros de esta clase, ¿qué podian enseñar á Shakespeare, aun quando hubiera querido estudiarlos? Así fué, que careciendo de principios y exemplos, sin otra lectura que la de la Historia nacional, algunas traducciones de autores latinos y algunas novelas; sin mas objeto que el de dar á su Compañía piezas nuevas, sin otro maestro, ni otros auxîlios que los de su extraordinario talento, comenzó á escribir, y apenas se vieron sus obras en el teatro, quando, á pesar de los muchos defec-

tos de ellas , su interés y el aplauso del público le estimularon á seguir adelante.

Y ¿como era posible que no incurriese en descuidos los mas absurdos un escritor que ignoraba absolutamente el arte ? Con paz sea dicho de aquella nacion , que enamorada de las muchas bellezas de este autor , no sufre tal vez en el entusiasmo de su pasion que la crítica imparcial le exâmine y rebaxe mucho de los elogios que á manos llenas le prodígan sus panegiristas.

Shakespeare no supo componer una buena fábula dramática : obra dificil, por cierto , en que nada se admite inútil , nada repetido , nada inoportuno: donde se exîge la mas prudente economía en los personages , en las situaciones , en los ornatos y episodios. Trama urdida sin violencia ni confusion: caractéres imitados con maestria de la

naturaleza : costumbres nacionales, sentencia, pureza, elegancia y facilidad en el lenguage y en el estilo : agitacion de afectos, accidentes imprevistos, éxîto dudoso, progreso rápido, desenlace pronto y verosimil: un fin moral desempeñado por estos medios: en suma, donde todó aparezca natural, conveniente y facil; y el arte, que todo lo dirige, no se descubra.

Léanse sus obras, y en ellas se verán personages, situaciones, episodios inoportunos é inconexôs : el objeto principal confundido entre los accesorios: el progreso de la accion unas veces perezoso y otras atropellado y confuso: incierto el fin de instruccion que se propone : incierto el carácter que quiere exponer á los ojos del espectador, para la imitacion ó el escarmiento. Errores clásicos de Geografia, Cronolo-

gía, Historia y costumbres. El lugar de la scena alterado continuamente, sin verosimilitud, ni utilidad, y la unidad de tiempo, ninguna, ó pocas veces observada. Desorden confuso en los afectos y estilo de sus personages, que unas veces abundan en expresiones sublimes, máxîmas de sabiduría, sostenidas con elegante y robusta diccion, otras hablan un lenguage hinchado y Gongorino, lleno de alusiones violentas, metáforas obscuras, ideas extravagantes, conceptos falsos y pueriles; otras, en medio de las pasiones trágicas, mezclan chocarrerias vulgares y bambochadas ridículas de entremés: excitando así, de un momento en otro, la admiracion, el deleyte, la risa, el terror, el fastidio y el llanto.

Esta oposicion mal combinada de luces y sombras, no podia menos de

destruir el efecto general de sus quadros, y tal vez conociendo el error, pensó corregirle con otro, no menos culpable. Lo cierto, lo posible, lo ideal, como fuese maravilloso y nuevo, todo era materia digna de su pluma: satisfecho de sorprehender los sentidos, ya que no de ilustrar y convencer la razon. Á este fin su feroz Melpomene inundó el teatro con sangre, y le llenó de cadáveres en batallas reñidas: á este fin multiplicó los espectáculos horribles de entierros, sepulturas y calaveras: á este fin, adulando la estupida ignorancia del vulgo, hizo salir á la scena Magos y Hechiceras, pintó sus conciliabulos y sus conjuros, dió cuerpo y voz á los genios malos y buenos, haciéndolos girar por los ayres, habitar los troncos, ó mezclarse invisibles entre los hombres: rompió las puertas del Purgato-

rio y del Infierno, puso en el teatro las almas indignadas de los difuntos, y resonaron en él sus gemidos tristes.

Juzgue el que tenga algun conocimiento del arte, si son estos los medios de que un Poëta dramático debe valerse para producir deleyte y enseñanza? Las figuras del teatro no han de baxar del cielo, ni han de sacarse del abismo, ni han inventarse á placer por una fantasía destemplada y ardiente. Toda ficcion dramática inverisimil, es absurda: lo que no es creible, ni conmueve ni admira. Si es el teatro la escuela de las costumbres, si en él han de imitarse los vicios y virtudes para enseñanza nuestra, ¿á qué fin llenarle de espectros y fantasmas y entes quiméricos que nadie ha visto, ni puede concebir? Píntese al hombre en todos los estados y situaciones de la vida, háganse patentes los

ocultos movimientos de su corazon, el origen y el progreso de sus errores y sus vicios, el término á que le conducen los extravios de su razon ó el desenfreno de sus pasiones; y entónces la fábula, siendo verisimil, será maravillosa, instructiva y bella. Pero Shakespeare, á quien con demasiada ligereza suelen dar algunos el título de Maestro, estaba muy lejos de conocer estas delicadezas del arte, y repitió en sus composiciones el triste exemplo, de que la mas fecunda imaginacion es incapaz por sí sola de producir una obra perfecta; si los preceptos que dictaron la observacion y el buen gusto, no la moderan y la conducen.

Si el teatro inglés se halla tan atrasado todavia, á pesar de los buenos ingenios que han cultivado la Poesía scénica en aquella nacion, atribúyase al

magisterio concedido á Shakespeare, y á la supersticiosa ceguedad con que se venera quanto salió de su pluma. Si en España no hubiese combatido la crítica moderna el ponderado mérito de muchos autores líricos y dramáticos, célebres corruptores del buen gusto en uno y otro género, todavia se ocuparian nuestros Poëtas en ajustar acrósticos y enredar laberintos; todavia se llamaria sublimidad y agudeza la obscuridad, la hinchazon, los equívocos, las paranomasías y retruecanos; y todavia saldrian á hacer papel en nuestros teatros la *Iglesia Católica*, el *Rey David*, las tres *Potencias del alma*, la *Primavera*, el *Diablo* y el *Cordero Pasqual.*

Pero dirán, ¿si tales son los dramas de Shakespeare, cómo es que toda una nacion, no menos respetable por su cultura, que por su opulencia y su

poder, no solo le admirá y le considera superior á quantos Poëtas han enriquecido su teatro; si no que ufana de poseerle, tal vez imagina imposible que nadie le obscurezca ni le compita? No es dificil hallar la solucion de este problema si se advierte que en las obras de ingenio, el ingenio es lo mas, y que en las dramáticas no hay defecto mas intolerable que la frialdad y languidez. Represéntese, por exemplo, el menos frio de los insípidos diálogos que de algunos años á esta parte se han impreso en España con nombre de Tragedias, y qualquiera de las monstruosas fábulas cómico-heroycas de Candamo, Solis ó Calderon: el concurso dormirá profundamente con el primero de estos espectáculos, y aplaudirá el segundo. Por que si es cierto que para formar un drama excelente se necesitan un talento su-

perior, y un profundo conocimiento del arte; tambien lo es, que hallando separadas estas dos prendas, el público preferirá con razon el talento criador al arte que nada produce; y una composicion ingeniosa, fecunda en accidentes, capaces de conmoverle y deleytarle, á una regularidad narcótica que le empalague y le adormezca. Agrada, pues, Shakespeare y agradará mientras no aparezca otro hombre que dotado de igual sensibilidad y fantasía, de mas delicado gusto y mayor instruccion (cosa dificil en verdad, aunque no imposible) dé nueva forma á aquel teatro, verificando en Inglaterra, la revolucion feliz que hizo en Francia el inmortal Corneille.

Pero sin las luces de la buena crítica, las artes no se perfeccionan, y es mal medio de procurar el acierto en nin-

guna de ellas, proponer á la juventud por modelos de imitacion, producciones desarregladas en que, no sin razon, se duda si el número de las bellezas iguala ó excede al de los defectos. Tales obras, aunque contengan pedazos excelentes, servirán solo de perpetuar la corrupcion del gusto; y si llega á admitirse la máxîma de que el ingenio no debe sujetarse á los preceptos científicos, y que no es lícito exâminar á aquellos grandes hombres, discípulos de la naturaleza, fecundos é incultos como el original que imitaron: no hay medio, esta opinion acreditada una vez, será la ruina de las artes.

No es, pues, el gran Shakespeare el exemplar que ha de proponerse á quien siga la carrera del teatro: qualquier elogio, qualquiera título que le quieran dar podrá convenirle; pero el

de Maestro no. El talento no se aprende; se adquiere solo el modo de usar el talento, y no es apto para enseñar á los demás el que sobresalió únicamente en aquello que no se puede aprender.

Si esto se concede, si se le considera como un autor, falto de principios, de modelos que imitar, de competidores que vencer, obligado á escribir por necesidad mas que por eleccion, arrastrado del mal exemplo de su siglo, y destinado á dar espectáculos á un pueblo grosero é ignorante, á quien quiso agradar, mas que instruir: admírense, en buen hora, aquellos felices rasgos del ingenio que brillan entre la barbarie, la indecencia, la extravagancia y ferocidad de sus dramas. Su genio observador, su entendimiento despejado y robusto, su exquisita sensibilidad, su fantasía fecundísima, llenaron

de bellezas plausibles aquellas mismas obras en que tantos errores abundan; bellezas originales, porque él de nadie imitó: bellezas de todos géneros, porque á todos se atrevió con igual osadía: bellezas, en fin, que han podido asegurar su gloria, por espacio de dos siglos, en el concepto de toda una nacion.

Él supo evitar múcha parte de los defectos que halló en el teatro inglés: abriendo una senda hasta entónces no practicada, ó poco seguida. Conoció quan dificilmente pueden sostenerse en la scena las fábulas alegóricas: advirtió que los misterios de la religion no debian profanarse á los ojos del público, por medio de ficciones no menos ridículas que incapaces de añadir pruebas á la fé, cuya esencia consiste en persuadirnos de aquellas verdades sublimes, que ni los sentidos ni la razon al-

canzan. Abandonó uno y otro género, y eligió el único que era capaz de perfeccion; no ignorando que en la pintura de los caractéres y defectos humanos, ingeniosamente dispuesta, se hallaria instruccion mas útil que quanta podia esperarse de las qüestiones dogmáticas de los *Misterios*, ni del caos metafisico de las *Moralidades*. La ambicion del mando, los horrores de la tiranía, el entusiasmo de libertad, la lisonja infame compañera del poder, la ingratitud, el orgullo, la ternura filial, la fé conyugal, la pasion terrible de los zelos, la virtud infeliz, las discordias civiles, el trastorno de los grandes imperios, los castigos de la Providencia; todo en su pluma recibió forma y vida. Quando acierta en la pintura de un carácter, se reconoce la robusta mano de aquel artífice que no nació para imitar: quando

acierta con una situacion patética, no hiere levemente los ánimos de la multitud; la suspende, la enagena, conturba el corazon, inunda los ojos en lágrimas. Trató muchas veces los puntos mas delicados de política y moral con grande inteligencia: dando lecciones á los hombres en el teatro, que no las oyeran mas útiles en la Academia ó en el Pórtico. Llenó sus dramas de interés, movimiento, variedad y pompa, vertiendo en ellos todas las gracias del lenguage, versificacion y estilo; y aun quando apartándose de la verdadera elegancia, degenera en afectado y gigantesco; aquellas mismas sutilezas, aquel tono enfático, dan un no sé qué de brillante y sublime á la locucion, que aunque repugne á los inteligentes, halaga los oidos del vulgo, que siente y no exâmina. Estas obras, representadas á los ojos de

una nacion, en que la crítica aplicada al teatro no ha hecho hasta ahora los mayores progresos, para quien todo lo natural es bello, todo lo enérgico y extraordinario, sublime y admirable: reflexîva, melancólica, libre (ó persuadida de que lo es) llena de patriotísmo que toca en orgullo, de energía que es rudeza tal vez, producen efectos maravillosos: allí triunfa todavia Shakespeare, y allí es necesario juzgarle.

Pero si aun es tan grande el entusiasmo con que se admiran sus obras, ¿quál seria el que debieron excitar, quando por la primera vez se vieron en los teatros de Inglaterra? La corte y el público, haciendo justicia al mérito superior que en ellas encontraban, olvidaron las antiguas, y de allí en adelante nada sufrian que no imitase el carácter original del nuevo autor. Acla-

mado, pues, entre los suyos por padre de la scena inglesa y el mayor Poëta de su siglo, ¿qué estímulos no sentiria para dedicarse á merecer y asegurarse en el concepto universal dictados tan gloriosos, por mas de veinte años que permaneció en el teatro: ya como actor, ya como interesado en el gobierno y utilidades de su Compañía? Las piezas cómicas ó trágicas de este escritor, que hoy exîsten y se reconocen por suyas, llegan á treinta y dos, con otras diez mas que se le atribuyen, acerca de las quales son varias las opiniones de los eruditos: se cree tambien que hubiese compuesto otras, y que en las de algunos Poëtas de su tiempo, especialmente en las de Jonson, hay muchas scenas y planes suyos.

La Reyna Isabel, aquella gran Princesa cuyo nombre no se repite en los

fastos de su nacion sin agradecimiento y elogio, tal vez alivió los cuidados del gobierno, asistiendo á la representacion de las obras de Shakespeare, que oia con singular deleyte, colmando al autor de honores y recompensas. Los Señores de la corte imitaron la beneficencia de aquella Soberana, y entre ellos el Lord Pembroke, el célebre y desdichado Conde de Essex, el de Montgomeri, y el de Southampton fueron los que mas se distinguieron en favorecerle; y no cesó con la muerte de Isabel la fortuna de Shakespeare: Jacobo I. le miró siempre con aquella predileccion á que le habian hecho acreedor, no menos sus virtudes, que su talento.

Pero apenas habia cumplido los 47 años de su edad, quando superior á toda idea de ambicion, sordo al favor de tan ilustres protectores, modesto en-

medio de tantos aplausos, y deseoso únicamente de gozar aquel reposo, aquella paz del corazon, recompensa de las almas justas, por la qual habia suspirado largo tiempo, se retiró á su pátria para vivir en ella el resto de sus dias, obscuro y feliz. Cómoda habitacion, parca mesa, jardin sombrio, pocos amigos, pero dignos de él, pocos y doctos libros; éstos fueron los placeres que halló, y los únicos capaces de procurarle verdadero contento. Allí manifestó aquella simplicidad de costumbres que habia sabido conservar entre la relaxacion del teatro, y los peligros de una Capital inmensa; y allí, huyendo de su gloria, vivió retirado, tranquilo, amado de quantos le conocieron: practicó en silencio la virtud, cultivó sus campos y aprendió á familiarizarse con las ideas de la muerte, sin desearla ni temerla. Falleció

el dia 23 de Abril de 1616, y fue enterrado en la Iglesia mayor de Stratford, donde hoy se conserva su sepulcro.

Siete años despues de su muerte se publicó la primera coleccion de sus obras, que han sido impresas en diferentes épocas. Rowe, Pope, Warburton, Theobald, Hanmer, Jonhson, Sewell Grey, Malone y otros erúditos las han ilustrado con prólogos, notas y comentos: dando de ellas magníficas ediciones, que diariamente se multiplican. La pintura ha formado en Lóndres una copiosa galería de quadros, representando en ellos las principales situaciones de sus dramas, que el grabado ha repetido en exquisitas láminas. La escultura ha esparcido su retrato por toda Inglaterra en estatuas y bustos. Garrik le consagró un templo á orillas del Tamesis. En las del Avon, que baña los muros de

Stratford, se celebra su memoria con himnos y fiestas; y en la Iglesia de Westminster, donde reposan las cenizas de los Monarcas, de los Héroes y los Sábios de aquella nacion, Shakespeare tiene entre ellos digno monumento.

PERSONAS.

CLAUDIO, *Rey*	
GETRUDIS, *Reyna.*	*de Dinamarca.*
HAMLET, *Príncipe*	

FORTINBRÁS, *Príncipe de Noruega.*
La sombra del REY HAMLET.
POLONIO, *Sumiller de Corps.*

OFELIA, *hija*	*de Polonio.*
LAERTES, *hijo*	

HORACIO, *amigo de Hamlet.*

VOLTIMAN.	
CORNELIO.	
RICARDO.	*Cortesanos.*
GUILLERMO.	
HENRIQUE.	

MARCELO.	
BERNARDO.	*Soldados.*
FRANCISCO.	

REYNALDO, *criado de Polonio.*
DOS EMBAXADORES *de Inglaterra.*
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
QUATRO CÓMICOS.
Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, &c.

La scena se representa en el Palacio y Ciudad de Elsingór, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.

HAMLET.[1]

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Explanada delante del Palacio Real de Elsingór. Noche obscura.

FRANCISCO, BERNARDO.[a]

BERNARDO.

Quién está ahí?

FRANCISCO.

No: respóndame él á mí. Deténgase y diga quien es.

BERNARDO.

Viva el Rey.

(a) *Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se vá acercando ácia él. Estos personages y los de la scena siguiente estarán armados con espada y lanza.*



FRANCISCO.

Es Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya : bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido. (2)

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, díles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo. Alto ahí. Eh! quién vá?

SCENA II.

HORACIO, MARCELO y dichos.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

Oh! honrado soldado! Pásalo bien. Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.[a]

(a) *Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan á donde está Bernardo haciendo centinela.*

MARCELO.

Hola! Bernardo!

BERNARDO.

Quién está ahí? Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

BERNARDO.

Bien venido, Horacio: Marcelo, bien venido.

MARCELO.

Y qué? se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto?

MARCELO.

Horacio dice que es aprehension nuestra, y nada quiere creer de quanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el

aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.

Qué! no, no vendrá.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y dexa que asaltemos de nuevo tus oidos con el suceso que tanto repugnan oir y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien: sentémonos y oigamos lo que Bernardo nos cuente. (a)

BERNARDO.

La noche pasada, quando esa misma estrella que está al occidente del polo habia hecho ya su carrera, para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece: Marcelo y yo, á tiempo que el relox daba la una....

(a) *Siéntanse los tres.*

MARCELO.

Chit. Calla: mírale[3] por donde viene otra vez. [a]

BERNARDO.

Con la misma figura que tenia el difunto Rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

No se parece todo al Rey? Mírale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

(a) *Se aparece á un extremo del teatro la sombra del Rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.*

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO.

Quién eres [a] tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la magestad del Soberano Dinamarqués, que yace en el sepulcro? Habla: por el Cielo te lo pido.

MARCELO.

Parece que está irritado.[b]

BERNARDO.

Ves? se vá, como despreciándonos.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando. Habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

Qué tal, Horacio? tú tiemblas y has perdi-

(a) *Horacio se encamina ácia donde está la sombra.*
(b) *Vase la sombra á paso lento.*

do el color. No es esto algo mas que aprehension? Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios que nunca lo hubiera creido, sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

No es enteramente parecido al Rey?

HORACIO.

Como tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido quando peleó con el ambicioso Rey de Noruega, y así le ví arrugar ceñudo la frente quando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... Extraña aparicion es ésta!

MARCELO.

Pues de esa manera y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprehendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos [a] y decidme, qualquiera de vosotros que lo sepa; ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? Para qué es esta fundicion de cañones de bronce y este acopio extrangero de máquinas de guerra? Á qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el Domingo de lo restante de la semana? Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado, junte las noches á los dias? Quién de vosotros podrá decirmelo?

(a) *Siéntanse.*

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos, los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último Rey (cuya imágen acaba de aparecérsenos) fué provocado á combate, como ya sabeis, por Fortinbrás (5) de Noruega: estimulado éste de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafio, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortinbrás, el qual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos paises que estaban baxo su dominio. Nuestro Rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortinbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortinbrás, de un carácter fogoso,

falto de experiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega, una turba de gente resuelta y perdída, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados paises que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo qual puede ser... y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto, con la figura misma del Rey, que fué y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos

del entendimiento. En la época[6] mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso Cesar cayese, quedaron vacíos los sepulcros y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo en voz confusa: las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse: como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente.. Pero.. silencio.. veis?. allí.. Otra vez vuelve..[a] Aunque el terror me hiela, yo le quie-

---

(a) *Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina ácia la sombra, y los otros dos siguen detras.*

ro salir al encuentro. Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los quales felizmente previstos puedan evitarse, ay! habla... Ó si acaso, durante tu vida, acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros: por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, despues de la muerte vagais inquietos; decláralo..(a) Detente y habla... Marcelo, detenle.

MARCELO.

Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

(a) *Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra, los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desaparece con prontitud.*

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un Soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, segun parece, es invulnerable como el ayre, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar quando el gallo cantó.[7]

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delinqüente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace dispertar al Dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio, todo extraño espíritu errante por la tierra, ó el mar, el fuego, ó el ayre, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto aca-

ba de confirmar la certeza de esta opinion.[a]

MARCELO.

En efecto desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que quando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este páxaro matutino canta toda la noche y que entónces ningun espíritu se atreve á salir de su morada: las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana[8], cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy

(a) *Empieza á iluminarse lentamente el teatro.*

de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche: porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro zelo y tan propia de nuestra obligacion?

MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en donde le hallarémos esta mañana, con mas seguridad.

SCENA III.

Salon de Palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, Caballeros, Damas y acompañamiento.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tris-

teza los corazones y á que en todo el Reyno solo se observe la imágen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. Á este fin he recibido por esposa, á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reyna conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrias son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de Himeneo: pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dexado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad: de lo qual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros, que el jóven Fortinbrás (9), estimándome en poco, ó presumiendo que la re-

ciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el Reyno trastorno y desunion; fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensages, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano, con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca y en quanto al objeto que hoy nos reune: veisle aquí. Escribo al Rey de Noruega, tio del jóven Fortinbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante: pues tengo ya exâctos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno, que exceda los límites expresados

en estos artículos.[a] Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia, el zelo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y qualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El Cielo os guarde.

SCENA IV.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, Damas, Caballeros y acompañamiento.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, qué solicitas? Me has hablado de una pretension, ¿no me dirás qual sea? En qualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya?

(a) *Les dá unas cartas.*

No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, qué pretendes?

LAERTES.

Respetable Soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

Has obtenido ya la de tu padre? Qué dices Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé ultimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio;

y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz quanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo. (10)

CLAUDIO.

Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor, estoy demasiado á la luz.

GETRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí señora, á todos es comun.

GETRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el trage acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida expresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento; bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí, aquí [(a)] dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra co-

(a) *Tocándose el pecho.*

sa que atavios y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable [11] es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero, no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo, es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto; que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indocil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? á lo que es tan comun como qualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el Cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es

hacer una injuria absurda á la razon, que nos dá en la muerte de nuestros padres la mas freqüente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: Mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte. Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un padre en mí; puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella; permaneciendo aquí, estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis Cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GETRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quedate con nosotros. No

sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo, será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio Danés. Venid, señora. La síncera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento, no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

SCENA V.

HAMLET solo.

HAMLET.

Oh! si ésta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse, disuelta en lluvia de lágrimas! ó el Todopoderoso no asestára el cañon[12] contra el homicida de sí mismo! Oh! Dios! oh! Dios mio! quán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Qué esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!. no, ni tanto: aun no há dos meses. Aquel excelente Rey, que fue comparado con éste, como con un Satyro, Hiperion: tan amante de mi madre, que ni á los ayres celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. Oh! cielo! y tierra!. para qué conservo la memoria? Ella, que

se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes.. ah! no quisiera pensar en esto. Fragilidad! tú tienes (13) nombre de muger! En el corto espacio de un mes y aun antes de romper los zapatos (14) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma. Cielos! una fiera, incapáz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes... enroxecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. Ah! delinqüente precipitacion! ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero, hazte pedazos corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

SCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO y MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno.. Es Horacio? ó me he olvidado de mí propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te dás. Á qué has venido de Witemberga?. Ah! Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor . . deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto : ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero, dime , qué asuntos tienes (15) en Elsingór? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios , señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad : como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía , Horacio , economía. Aun no se

habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, quando se sirvieron en las mesas de la boda.. Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel dia. Mi padre!.. me parece que veo á mi padre..

HORACIO.

En dónde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen Rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche. (16)

HAMLET.

Le viste? á quién?

HORACIO.

Al Rey vuestro padre.

HAMLET.

Al Rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oido atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso: apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura, semejante á vuestro padre, armada segun él solia de pies á cabeza, se les puso delante: caminando grave, tardo y magestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y quasi helados con el miedo, permanecieron mu-

dos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voyme á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto quanto me habian dicho, así en la hora, como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

Y en dónde(17) fue eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estabamos de centinela.

HAMLET.

Y no le hablasteis?

HORACIO.

Si señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó

la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia exîstencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí.. pero esto me llena de turbacion. Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Sí señor.

HAMLET.

Decis que iba armado?

TODOS.

Sí señor, armado.

HAMLET.

De la frente al pie?

TODOS.

Sí señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos, porque traia la visera alzada.

HAMLET.

Y qué? parecia que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.

Pálido ú encendido?

HORACIO.

No: muy pálido.

HAMLET.

Y fixaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente.

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.

Sí, es verdad, sí.. y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento, con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Quando yo le ví, no.

HAMLET.

La barba blanca, eh?

HORACIO.

Sí, señor, como yo se la habia visto quando vivia; de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que así como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea qual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; y yo sabré remunerar vuestro zelo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.

Sí, conservadme vuestro amor y estad seguros del mio. Á Dios. (a) El espíritu de mi padre.. con armas.. no es esto bueno. Recelo alguna maldad. Oh! si la no-

---

(a) *Vánse los tres.*

che hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

SCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipage á bordo. Á Dios hermana, y quando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

OFELIA.

Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía: un hervor de la sangre: una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no

permanece: hermosa, no durable: perfume de un momento y nada mas.

OFELIA.

Nada mas?[18]

LAERTES.

Pienso que no: porque no solo[19] en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer, al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede como[20] una persona vulgar, elegir por sí mismo; puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un Reyno: y vé aquí, por que esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de

quien es cabeza. Así, pues, quando él diga que te ama, será prudencia en tí no darle crédito: reflexîonando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera qual pérdida padeceria tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia, teme querida hermana: no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta, es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa, y al tiempo que la au-

rora matutina de la juventud esparce su blando rocio, los vientos mortíferos son mas freqüentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna: pues la mayor seguridad estriva en el temor prudente. La juventud (21), aun quando nadie la combate, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máxîmas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos Pastores(22) hacen: mostrando áspero y espinoso el camino del Cielo, mientras como impios y abandonados disolutos, pisan ellos la senda florida de los placeres; sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado; pero, allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

SCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO.

Aun estás aquí? qué mala vergüenza! á bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á tí solo aguardan. Recibe mi bendicion y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (23) con facilidad lo que pienses, ni executes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste despues de exâminada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oido á todos y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas; pero re-

serva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso quanto tus facultades lo permitan; pero no afectado en su hechura: rico, no extravagante: porque el trage dice por lo comun quien es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie: porque el que presta, suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen órden, que nos es tan útil. Pero, sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas: conseqüencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. Á Dios y él permita que mi bendicion haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.[a]

(a) *Se arrodilla y besa la mano á Polonio.*

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan: vete.

LAERTES.

Á Dios, Ofelia [a] y acuerdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

Á Dios.

SCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo: cosas eran relativas al Príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho

(a) *Abrázanse Ofelia y Laertes.*

que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo) debo advertirte: que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

Amor! ah! tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia, en circunstancias tan peligrosas. Ternura la llamas! y tú dás crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has re-

cibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á tí propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (24) comenzada alusion) harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que...

POLONIO.

Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. Y bien? prosigue.

OFELIA.

Y autorizó quanto me decia con los mas sagrados juramentos.

POLONIO.

Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, quando la sangre hierve, con quanta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (25) relampagos, hija mia, que dán mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto y

no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas ván á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al Príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloxa las riendas pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan; son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar, ni mantener conversacion al Príncipe. Cuidado con hacerlo así: yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

SCENA X.

Explanada delante del Palacio. Noche obscura.

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET.

El ayre es frio y sutil en demasia.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

Qué hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pa-

searse. Pero, qué significa este ruido, señor? [a]

HAMLET.

Esta noche se huelga [26] el Rey, pasándola desvelado en un banquete, con gran voceria y traspieses de embriaguez: y á cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este pais y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre, que seguirla. Un exceso tal que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones, desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios: manchan nuestro nombre con este dictado

---

(a) *Suena á lo lejos música de clarines y timbales.*

afrentoso y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas qualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece freqüentemente á los hombres. Qualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del qual no son culpables, (puesto que nadie puede escoger su origen) sea qualquiera desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea qualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas: llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas quantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste; serán no obstante amancilladas en el concepto público, por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO.

Veis? señor, ya viene.[a]

HAMLET.

Angeles[27] y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya: en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar.. Hamlet, mi Rey, mi Padre, Soberano de Dinamarca.. Oh! respóndeme: no me atormentes con la duda. Dime, por qué tus venerables huesos; ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Quál puede ser la causa de que tu difunto

(a) *Aparécese la sombra del Rey Hamlet ácia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y despues se encamina ácia ella.*

cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror. Y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que exceden á los alcances de nuestra razon? Dí, por qué es esto? Por qué? ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con que expresivo ademán os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tál, señor.

HAMLET.

Y por qué no? Qué temores debo tener?



Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma, qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal? .. Otra vez me llama.. Voyle á seguir.

HORACIO.

Pero, señor, si os arrebata al mar [28] ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de la razon, y enagenarla con frenesí.. Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á qualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavia me llama.. Camina. Ya te sigo.[a]

(a) *La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.*

MARCELO.

No señor, no ireis.

HAMLET.

Dexadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama . . señores, apartad esas manos.. por Dios.. ó quedará muerto á las mias el que me detenga. Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

SCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exâltada imaginacion le arrebata.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detras de él.. Quál será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los Cielos dirigirán el éxîto.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

SCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo lejos del Palacio de Elsingór.

HAMLET, la SOMBRA del Rey Hamlet.

HAMLET.

Á dónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Quasí es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfureas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

Oh! alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oidos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

Por qué?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre: destinada por cierto tiempo á vagar de noche y aprisionada en fuego durante el dia; hasta que

sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon: helar tu sangre juvenil: tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus örbitas: tus anudados cabellos, separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oidos humanos. Atiende, atiende, ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre....

HAMLET.

Oh! Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atróz.

HAMLET.

Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son;

pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (29) presto: para que con alas veloces, como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo quan dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Letheo, no dexaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.

Oh! presago me lo decia el corazon. Mi tio!..

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... Oh! talento y dádivas malditas! que tal poder teneis para seducir!... Supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la Reyna mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. Oh! Hamlet! quán grande fue su caida! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero, así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure excitarla baxo divina forma, así la incontinencia aunque viviese unida á un Angel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo

una tarde en mi jardin segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprehende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilacion: la qual, de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre, como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produxo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra, en ásperas y asquerosas costras. Así fue, que estando durmiendo, perdí á manos de mi hermano mismo, mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida, quando mi pecado estaba en todo su vigor: sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucharístico, sin haber sonado el clamor de

agonia, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa: presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. Oh! maldad horrible, horrible!.. Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo Real de Dinamarca sea el lecho de la luxuria y abominado incesto.. Pero, de qualquier modo que dirixas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al Cielo: dexa que aquellas agudas puntas que tiene fixas en su pecho, la hieran y atormenten. Á Dios. Ya la luciernaga amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proxîmidad del dia. Á Dios. Á Dios. Acuerdate de mí.

SCENA XIII.

HAMLET, y despues HORACIO y MARCELO.

HAMLET.

Oh! vosotros exércitos celestiales! oh! tierra!.. y quién mas? invocaré al infierno tambien?.. Eh! no.. Detente corazon mio, detente, y vos mis nervios no así os debiliteis en un momento: sostenedme robustos.. Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré, y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... Oh!

muger, la mas delinqüente! oh! malvado! malvado! halagueño y exêcrable malvado! Conviene (30) que yo apunte en este libro.. [a] Sí.. Que un hombre puede halagar y sonreirse y ser un malvado; á lo menos, estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y éste es mi tio.. Sí, tú erës.. Ah! pero la expresion que debo conservar, es esta. Á Dios. Á Dios, acuerdate de mí. Yo he jurado acordarme.

HORACIO.

Señor, señor. [b]

MARCELO.

Hamlet. [b]

HORACIO.

Los Cielos le asistan.

HAMLET.

Oh! háganlo así.

(a) *Saca un libro de memorias y escribe en él.*

(b) *Gritando desde adentro.*

MARCELO.

Hola! Eh! señor.

HAMLET.

Hola? amigos, eh! venid, venid acá.

MARCELO.

Qué ha sucedido? [a]

HORACIO.

Qué noticias nos dais?

HAMLET.

Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

Creeis vosotros que pudiese haber cabido en

(a) *Salen Horacio y Marcelo.*

el corazon humano... pero guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No exîste en toda Dinamarca[31] un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero, no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, teneis razon, y por eso mismo, sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros á donde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabeis, á mi triste exercicio. Á rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas, sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por San Patricio (32), que sí la hay y muy grande, Horacio... En quanto á la aparicion... Es un difunto venerable... Sí, yo os lo aseguro... Pero, reprimid quanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. Ah! mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor, decid qual sea.

HAMLET.

Que nunca revelareis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

Á nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi (33) espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.[a]

HAMLET.

Ah! eso (34) dices?.. Estás ahí hombre de bien?.. Vamos: ya le ois hablar en lo profundo. Quereis jurar?

(a) *Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debaxo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.*

HORACIO.

Proponed la fórmula. —

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores acercaos aquí: poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella, que nunca direis nada de esto que habeis oido y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, qué extraño prodigio es éste!

HAMLET.

Por eso como á un (35) extraño debeis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofia. Pero venid acá y, como antes dixe, prometedme (así el Cielo os haga felices) que por mas (36) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante) nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos: nosotros pudiéramos, si quisiéramos... si gustáramos de hablar, hay tanto que decir en eso: pudiera ser que... ó en fin, qualquiera otra

expresion ambigua, semejante á éstas, por donde se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vamonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... Iniquidad, exêcrable! Oh! nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vamonos juntos.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.[1]

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REYNALDO.

POLONIO.

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas. [a]

REYNALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Sería un admirable golpe [2] de prudencia, que antes de verle te informáras de su conducta.

REYNALDO.

En eso mismo estaba yo.

(a) *Le dá un bolsillo y unas cartas.*

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué Dinamarqueses hay en París, y como, en qué términos, con quién, y en dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas, que conocen á mi hijo, entónces ve en derechura á tu objeto: encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aún á él un poco... Lo has entendido?

REYNALDO.

Sí, señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entónces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo á fé que es bien calavera: inclinado á tal ó tal vicio... y luego dirás de él quanto quieras fingir; digo, pero que

no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REYNALDO.

Como el jugar, eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear... Hasta esto bien puedes alargarte.

REYNALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto: además que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion: no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que pa-

rezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa: extravíos de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REYNALDO.

Pero, señor...

POLONIO.

Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, eh?

REYNALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues, señor, mi fin es este; y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa) ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas exâminar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ú ami-

go, ú caballero... En fin, segun el título ó dictado de la persona ó del pais.

REYNALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entónces él dice (3).. dice.. ¿Qué iba yo á decir ahora?... algo iba yo á decir. En qué estabamos?

REYNALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero.

POLONIO.

Sí concluirá diciendo. Es verdad... (así te dirá precisamente). Es verdad, yo conozco á ese mozo: ayer le ví ó qualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sugeto, y allí como habeis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota y.. (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet* en un burdel, ó cosa tal. Lo entien-

des ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad: que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia, solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. Me has entendido?

REYNALDO.

Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues, á Dios: buen viage.

REYNALDO.

Señor..

POLONIO.

Exâmina por tí mismo sus inclinaciones.

REYNALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dexándole que obre libremente.

REYNALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

Á Dios.

SCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, que hay de nuevo?

OFELIA.

Ay! señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi quarto, quando el Príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caidas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera

salido del infierno para anunciar horror.. Se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda, por tus amores, eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

Y qué te dixo?

OFELIA.

Me asió una mano, y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fixó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato; hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abaxo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo, y dar fin á su vida. Hecho esto, me dexó, y

levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino: salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella, fixó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo: quiero ver al Rey. Ese es un verdadero extasis de amor que siempre fatal á sí mismo, en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de quantas debaxo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero, dime, le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor: solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que era solo un arti-

ficio suyo para perderte... Sospecha indigna! Eh! tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

SCENA III.

Salon de Palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, acompañamiento.

CLAUDIO.

Bien venido (6), Guillermo, y tú tambien querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la transformacion de Hamlet. Así puedo

llamarla: puesto que ni en lo interior, ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar que otra causa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y exîste entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi Corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría, y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved qual sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola, procuremos su alivio.

GETRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sugetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad que gusteis de pasar con nosotros algun tiempo, para contribuir al lo-

gro de mi esperanza; vuestra asistencia será remunerada, como corresponde al agradecimiento de un Rey.

RICARDO.

Vuestras Magestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies con el mas puro afecto, el zelo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias Ricardo.

GETRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais quanto antes á mi doliente hijo. Conduzca alguno de vosotros [a] á estos caballeros, á donde Hamlet se halle.

(a) *Á los criados.*

GUILLERMO.

Haga el Cielo que nuestra compañía y nuestros conatos, puedan serle agradables y útiles.

GETRUDIS.

Sí, amen.

SCENA IV.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, acompañamiento.

POLONIO.

Señor, los Embaxadores (7) enviados á Noruega, han vuelto ya, en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios, y el de mi Rey; y si éste

talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los Embaxadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. [a] Dice que ha descubierto, amada Getrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GETRUDIS.

Ah! yo dudo que él tenga otra mayor,

(a) *Vase Polonio.*

que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré exâminarle.

SCENA V.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, acompañamiento.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, qué respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas síncera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos, mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el Polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le

han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortinbrás: que sometiéndose prontamente á las reprehensiones del tio, le ha jurado por último, que nunca mas tomará las armas contra vuestra Magestad. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. Á este fin os ruega, concedais paso libre por vuestros estados al exército prevenido para tal empresa: baxo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí. (a)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexîonaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. Á la noche sereis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

(a) *Saca unos papeles y se los dá á Claudio.*

SCENA VI.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien.[a] Mi Soberano[8] y vós, señora: explicar lo que es la dignidad de un Monarca, las obligaciones del vasallo, porque el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo; seria gastar inutilmente el dia, la noche y el tiempo. Así, pues, como[9] quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perífrasis... Seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque (si en rigor se exâmina) qué otra cosa es la locura, sino estar uno enteramente loco? Pero, dexando esto aparte...

(a) *Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*

GETRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima y es lástima que sea cierto; pero, dexemos á un lado esta pueril antitesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos, pues, en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto: porque este efecto defectuoso, nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumision... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. (a) Ahora, resumid los hechos y sacareis la

(a) *Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*

consequëncia. *Al ídolo celestial de mi alma: á la sin par Ofelia*... Esta es una alta frase... una falta de frase, sin par!. Es una falta de frase, pero, oid lo demas. *Estas letras, destinadas á que su blanço y hermoso pecho las guarde: éstas...*

GETRUDIS.

Y esa cärta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
duda si al sol el movimiento falta,
duda lo cierto, admite lo dudoso;
pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero, cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Á Dios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exîsta. Hamlet. Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver

hubierais pensado de mí? No, señor: yo he ido en derechura al asunto, y la dixe á la niña, ni mas ni menos. Hija, el señor Hamlet es un Príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y despues, la mandé que se encerrase en su estancia sin admitir recados, ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, despues inapetencia, despues vigilias, despues debilidad, despues aturdimiento y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GETRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez.. tendria gusto

de saberlo... Qué yo haya dicho positivamente: esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues, separadme ésta [a] de éste, si otra cosa hubiere en el asunto... Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte; aunque el centro de la tierra la sepultára.

CLAUDIO.

Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabeis que el Príncipe suele pasearse algunas veces por esa galeria quatro horas enteras.

GETRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

(a) *Señalando la cabeza y el cuello.*

esta carta, y además me ha contado las solicitudes del Príncipe: segun han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

Y ella cómo ha recibido su amor?

POLONIO.

En qué opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veráz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero, ¿qué hubierais pensado de mí, si quando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido... ¿qué hubiera pensado de mí vuestra Magestad y la Reyna que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? Sí, haciéndome violencia á mí propio, hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? Qué

POLONIO.

Pues, quando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detras de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es ésta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra Corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GETRUDIS.

Pero, veis? (10) qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar, si me dais licencia.

SCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Cómo os vá, mi buen señor? (a)

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

Yo? no señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

Honrado decis?

HAMLET.

Sí, señor, que lo digo. El ser honrado,

(a) *Hamlet sale leyendo en un libro.*

segun vá el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un Dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... No tienes una hija?

POLONIO.

Sí, señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dexes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del Cielo; pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

Pero qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... Está rematado, rematado!.. Y en verdad que yo tambien, siendo mo-

zo, me ví muy trastornado por el amor... Quasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

Y de qué se trata?

HAMLET.

Entre quien?

POLONIO.

Digo, que de qué trata el libro que leeis?

HAMLET.

De calumnias. Aqui dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ambar abundante y goma de ciruela: que padecen gran debilidad de piernas, y mucha falta de entendimiento. Todo lo qual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo; con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos: por que al fin, vos seriais sin

duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar ácia atras como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no dexa de observar método en lo que dice. Quereis venir, señor, adonde no os dé el ayre?

HAMLET.

Á donde? á la sepultura?

POLONIO.

Cierto, que allí no dá el ayre. Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, quando en el estado de razon y salud, tal vez no se logran. Voyle á dexar y disponer al instante el careo entre él, y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda; exceptuando la vida, eso si, exceptuando la vida.

POLONIO.

Á Dios, señor.

HAMLET.

Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO.

Si buscais al Príncipe, vedle ahi. [a]

SCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á vuestra Alteza.

RICARDO.

Mi venerado Príncipe.

HAMLET.

Oh! buenos amigos. Como vá? Guillermo, Ricardo, guapos mozos! Cómo vá? qué se hace de bueno?

(a) *Dirá esto á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se vá.*

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de ayron al tocado de la fortuna.

HAMLET.

Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso (13) estareis colocados ácia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues, allí en lo mas oculto... Ah! Decis bien, ella es una prostituta... Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el dia del Juicio vá á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿Por qué delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte, á vivir en prision?

GUILLERMO.

En prision decis?

HAMLET.

Si, Dinamarca es una carcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande: con muchas guardas, encierros y calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no eramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo, sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera carcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

Oh! Dios mio! yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso... pero, estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo quanto al ambicioso le agita, no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño, en sí, no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente: y yo considero la ambicion

por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta, que los mendigos son cuerpos y los Monarcas y Héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la Corte, señores; porque, á la verdad, no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero, decidme por nuestra amistad antigua, ¿qué haceis en Elsingór?

RICARDO.

Señor, hemos venido unicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra



fineza ... bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. Y ¿quién os ha hecho venir? es libre esta visita? me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza: vaya, decidmelo.

GUILLERMO.

Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. Á vosotros os envian, sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del Rey, y tambien la Reyna os han mandado que vengais.

RICARDO.

Pero á que fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no inter-

rumpido afecto; por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO.

Qué dices tú? (a)

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.

Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo: así me anticiparé á vuestra propia confesion; sin que la fidelidad que debeis al Rey y á la Reyna quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegria: olvidando

(a) *Mirando á Guillermo.*

mis ordinarias ocupaciones, y este accidente ha sido tan funesto á mi salud; que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio esteril; ese dosel magnifico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre magestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Que admirable fábrica es la del hombre! qué noble su razon! qué infinitas sus facultades! qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! qué semejante á un Ángel en sus acciones! y en su espíritu, qué semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿que juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la muger... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

Pues por qué te reías, quando dixe que no me deleyta el hombre?

RICARDO.

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleytan, qué comidas de Quaresma dareis á los Cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de Rey sea muy bien venido: su Magestad recibirá mis obsequios como es de razon: el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel: el enamorado no suspirará de valde: el que hace de loco acabará su papel en paz: el patan dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasion ó las interrupciones del

verso hablarán por ella. Y qué Cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

Y por qué andan vagando así? No les seria mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los[14] últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como quando yo estuve en la ciudad? Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No, señor, no por cierto.

HAMLET.

Y en qué consiste? se han echado á perder?

RICARDO.

No, señor. Ellos han procurado seguir

siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cria de[15] chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversion del dia, y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman) que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

HAMLET.

Oiga! con qué son muchachos? y quién los sostiene? qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el exercicio quando pierdan la voz para cantar? Y quando tengan que hacerse Cómicos ordinarios, como parece verosimil que suceda si carecen de otros medios, ¿no dirán entónces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar despues?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el Poeta y el Cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

Es posible?

GUILLERMO.

Oh! sí lo es: como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

Y qué, los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules, con maza y todo.

HAMLET.

No es extraño. Ya veis mi tio, Rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mien-

tras vivió mi padre, ahora dan veinte, quarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofia pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los Cómicos.

HAMLET.

Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingór: acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero, permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los Cómicos, en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero, mi tio padre, y mi madre tia, á fé á fé que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino quando sopla el nornordeste; pero quando corre el sud, distingo muy bien un huevo de una castaña.

SCENA IX.

POLONIO y dichos.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú tambien.. un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

Ó acaso habrá vuelto á ellas: porque, segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los Cómicos, tened cuidado.. Pues, señor, tú

tienes razon: eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia.[a] Quando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.

Señor, los Cómicos han venido.

HAMLET.

Tuh! tuh! tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.[b]

POLONIO.

Estos son los mas excelentes actores del mundo, así en la Tragedia[16] como en la

---

(a) *Imitando la voz de Polonio.*

(b) *Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco despues.*

Comedia, Historia ó Pastoral: en lo Cómico-Pastoral, Histórico-Pastoral, Trágico-Histórico, Tragi-Cómico, Histórico-Pastoral, Scena (17) indivisible, Poema ilimitado... Qué! para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en quanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, éstos son los únicos.

HAMLET.

Oh! Jephte, Juez de Israel!...
Qué tesoro poseiste!

POLONIO.

Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

Qué tesoro?
No mas que una hermosa hija
á quien amaba en extremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

No tengo razon, anciano Jephte?

POLONIO.

Señor, si me llamais Jephte, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET.

Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

Pues que sigue, señor?

HAMLET.

Esto.

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino;

y luego, ya sabes:

que quanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera(18) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, veis? ahí vienen otros á hablar por mí.

SCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO y quatro CÓMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores: me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos... Oh! oh!

camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí tambien? Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita: por la Vírgen, que ya está vuesarced una quarta mas cerca del cielo, desde que no la he visto. Dios (19) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero, amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Sí, véamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasage afectuoso.

CÓMICO 1.º

Y quál quereis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oido en otro tiempo una relacion que nunca se ha repre-

sentado al público, ó una sola vez quando mas... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud: no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entónces, y aun á otros, cuyo dictámen vale mas que el mio, una excelente pieza: bien dispuesta la fábula y escrita con elegancia y decoro. No faltó, sin embargo, quien dixo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dexaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relacion que Eneas hace á Dido, y sobre todo quando habla de la muerte de Priamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... dexa, dexa, veré si me acuerdo.

Pirro feróz como la Hyrcana tigre...[a]
No es éste, pero empieza con, Pirro... ah!..
Pirro[20] *feróz, con pavonadas armas,*
negras como su intento, reclinado
dentro en los senos del caballo enorme,
á la lóbrega noche parecia.
Ya su terrible, enegrecido aspecto
mayor espanto da. Todo le tiñe
de la cabeza al pie caliente sangre
de ancianos y matronas, de robustos
mancebos y de vírgenes, que abrasa
el fuego de inflamados edificios
en confuso monton: á cuya horrenda
luz que despiden, el caudillo insano
muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
cubierto de cuajada sangre, vuelve
los ojos, al carbunclo semejantes,
y busca, instado de infernal venganza,
al viejo abuelo Priamo...

(a) *Todos los versos de esta scena los dicen con declamacion trágica.*

Prosigue tú.

POLONIO.

Muy bien declamado, á fe mia! con buen acento y bella expresion.

CÓMICO 1.º

Al momento
le ve lidiando, resistencia breve!
contra los Griegos: su temida espada
rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
á liza desigual: herirle intenta,
y el ayre solo del funesto acero
postra al débil anciano. Y qual si fuese
á tanto golpe el Ilion sensible,
al suelo desplomó sus techos altos,
ardiendo en llamas, y al rumor suspenso,
Pirro... Le veis? la espada que venia
á herir del Teucro la nevada frente
se detiene en los ayres, y él inmoble,
absorto y mudo y sin accion su enojo,
la imagen de un tirano representa
que figuró el pincel. Mas como suele

tal vez el cielo en tempestad obscura
parar su movimiento, de los ayres
el ímpetu cesar, y en silenciosa
quietud de muerte reposar el orbe;
hasta que el trueno, con horror zumbando,
rompe la alta region, así un instante
suspensa fue la cólera de Pirro
y así, dispuesto á la venganza, el duro
combate renovó. No mas tremendo
golpe en las armas de Mavorte eternas
dieron jamas los Ciclopes tostados,
que sobre el triste anciano la cuchilla
sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
Oh! fortuna falaz!.. Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto:
romped los rayos de su rueda y calzes,
y el exe circular desde el Olympo
caiga en pedazos del Abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero.

Prosigue. Éste solo gusta de ver baylar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó sino se duerme. Prosigue con aquello de Hecuba.

CÓMICO I.°

Pero quien viese, oh! vista dolorosa!
la mal ceñida Reyna...

HAMLET.

La mal ceñida Reyna!

POLONIO.

Eso es bueno: mal ceñida Reyna: bueno!

CÓMICO I.°

Pero quien viese, oh! vista dolorosa!
la mal ceñida Reyna, el pie desnudo,
girar de un lado al otro, amenazando
extinguir con sus lágrimas el fuego...
En vez de vestidura rozagante
cubierto el seno, harto fecundo un dia,
con las ropas del lecho arrebatadas
(ni á mas la dió lugar el susto horrible)
rasgado un velo en su cabeza, donde
antes resplandeció corona augusta...
ay! quien la viese, á los supremos hados

con lengua venenosa exêcraria.
Los Dioses mismos, si á piedad les mueve
el linage mortal, dolor sintieran
de verla, quando al implacable Pirro
halló esparciendo en trozos con su espada,
del muerto esposo los helados miembros.
Lo vé, y exclama con gemido triste,
bastante á conturbar allá en su altura
las deidades de Olympo, y los brillantes
ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved como muda de color y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya: presto me dirás lo que falta. Señor mio, es menester hacer que estos Cómicos se establezcan: ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son, sin duda, el epítome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

Qué cabeza ésta! No señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, quién escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza, y á tu propio honor: quanto menor sea su mérito, mayor será tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos id con él. Mañana habrá Comedia. Oye aquí tú, amigo: dime ¿no pudierais representar *La muerte de Gonzago?*

CÓMICO 1.º

Sí señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga. Y ¿no podrias, si fuese menester, apren-

der de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza ? Podrás ?

CÓMICO I.º

Sí señor.

HAMLET.

Muy bien : pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

SCENA XI.

HAMLET solo.

HAMLET.

Ya estoy solo. Qué abatido ! qué insensible soy ! ¿ No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que asi agite y desfigure el rostro en la declamacion :

vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hecuba. Y ¿quién es Hecuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¿qué no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo? Inundaria el teatro con llanto: su terrible acento conturbaria á quantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprehenderia con asombro la facultad de los ojos y los oidos. Pero yo, miserable, sin vigor y estupido: sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué? nada merece un Rey con quien se cometió el mas atroz delito, para despojarle del cetro y la vida? Soy cobarde yo? ¿Quién se (21) atreve á llamarme villano? ó á insultarme en mi presencia? arrancarme la barba, soplarmela al rostro, asirme de la

nariz ó hacerme tragar lexia que me llegue al pulmon ? Quién se atreve á tanto? seria yo capaz de sufrirlo ? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles: á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del ayre en los despojos de aquel indigno. Deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero, por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza) afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorrumpa en exêcraciones vanas, como una prostituta (22) vil, ó un pillo de cocina ? Ah! no, ni aun solo imaginarlo. Eh! ... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á

vista de todos han publicado sus delitos: que la culpa aunque sin lengua siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasage que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon; observaré sus miradas: si muda [23] de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que ví pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es dificil presentarse baxo la mas agradable forma: sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Galería de Palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no os fue posible indagar en la conversacion que con él tuvisteis, de qué nace aquel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud, con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

Él mismo reconoce los extravios de su razon; pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser exâ-

minado, porque siempre huye de la qüestion, con un rasgo de locura; quando vé que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GETRUDIS.

Fuisteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

GUILLERMO.

Pero se le conocia una cierta sujecion.

RICARDO.

Preguntó poco; pero respondia á todo con prontitud.

GETRUDIS.

Le habeis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

Sí señora, por que casualmente habiamos encontrado una compañía de Cómicos en el camino: se lo diximos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la Corte, y creo que tienen órden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á vuestras Magestades que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO.

Con mucho gusto: me complace en extremo saber que tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Así lo haremos.

SCENA II.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Tú, mi amada Getrudis, deberás tambien retirarte: porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, testigos los mas aptos para el fin,

nos colocarémos donde veamos sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del Príncipe, conoceremos si es pasion de amor el mal de que adolece.

GETRUDIS.

Voy á obedeceros, y por mi parte, Ofelia, oh! quánto desearia que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la demencia de Hamlet! Entonces yo deberia esperar que tus prendas amables pudieran, para vuestra mutua felicidad, restituirle su salud perdída.

OFELIA.

Yo, señora, tambien quisiera que fuese así.

SCENA III.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Paseate por aquí, Ofelia. Si vuestra Magestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz

que lees en este libro[a]: esta ocupacion disculpará la soledad del sitio... Materia es, por cierto, en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡Quántas veces con el semblante de la devocion y la apariencia de acciones piadosas, engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.

Demasiado cierto es... ¡Qué cruelmente ha herido esa reflexîon mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es mas feo despojado de los afeytes, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. Oh! qué pesada carga me oprime![b]

POLONIO.

Ya le siento llegar; señor, conviene retirarnos.

(a) *Dándola un libro.*
(b) *Aparte.*

Acto tercero

SCENA IV.

HAMLET, OFELIA. [a]

HAMLET.

Exîstir [2] ó no exîstir: esta es la qüestion. ¿Quál es mas digna accion del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. No mas? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número: patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberiamos solicitar con ánsia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo: porque el considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro,

---

(a) *Hamlet dirá este monólogo creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro, lee.*

quando hayamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelias que recibe pácifico el mérito, de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios? Quando el que esto sufre, pudiera procurar su quietud con solo un puñal. ¿Quién podria tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo baxo el peso de una vida molesta? sino fuese que el temor de que exîste alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento.

Esta prevision nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se executan y se reducen á designios vanos. Pero... la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

Cómo os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras, que deseo restituiros mucho tiempo há, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te dí nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad...

Y con ellas me disteis palabras, de tan suave haliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas: que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.[a]..

HAMLET.

Oh! oh! Eres honesta?

OFELIA.

Señor...

HAMLET.

Eres hermosa?

OFELIA.

Qué pretendeis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes

(a) *Presentándole algunas joyas. Hamlet rebusa tomarlas.*

consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.

Puede, acaso, tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoxa; pero en la edad presente es cosa probada ... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dabais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creido: porque nunca puede la virtud inxerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

HAMLET.

Mira, vete á un Convento: ¿para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, seria mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso; con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á execucion. ¿Á qué fin los miserables como yo han de exîstir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros, vete, vete á un Convento... En dónde está tu padre?

OFELIA.

En casa está, señor.

HAMLET.

Sí, pues que cierren bien todas las puer-

tas, para que si quiere hacer locuras, las haga dentro de su casa. Á Dios. (a)

OFELIA.

Oh! mi buen Dios! favorecedle.

HAMLET.

Si te casas quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve; no podras librarte de la calumnia. Vete á un Convento. Á Dios. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, casate con un tonto: porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertis en fieras... Al Convento y pronto. Á Dios.(a)

OFELIA.

El Cielo, con su poder, le alivie!

HAMLET.

He oido hablar mucho de vuestros afeytes y embelecos. La naturaleza os dió una cara y vosotras os haceis otra distinta. Con

---

(a) *Hace que se vá y vuelve.*

esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasais por inocentes y convertis en gracia vuestros defectos mismos. Pero, no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon... Digo solo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos: los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al Convento, vete.

SCENA V.

OFELIA sola.

OFELIA.

Oh! qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetracion del cortesano, la lengua del sábio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza, que estudiaban los mas advertidos: todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mugeres, que gusté algun dia la miel de sus promesas

suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende. Aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. Oh! quánta, quánta, es mi desdicha! de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo.

SCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Amor! Qué! no van por ese camino sus afectos, ni en lo que ha dicho; aunque algo falto de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. Á fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra, á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los paises diferen-

tes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasion que le ocupa, sea la que fuere: sobre la qual su imaginacion sin cesar golpea. Qué te parece?

POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para que nos cuentes lo que te ha dicho el Príncipe, que todo lo hemos oido.

SCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, seria bien que la Reyna retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas: hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitis, me pon-

dré en parage de donde pueda oir toda la conversacion. Sino logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle á donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Asi se hará. La locura de los poderosos debe ser exâminada con escrupulosa atencion.

SCENA VIII.

Salon del Palacio. [a]

HAMLET y dos CÓMICOS.

HAMLET.

Dirás [4] este pasage en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo

---

(a) *El salon estará iluminado: habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta, con pavellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.*

hacen muchos de nuestros Cómicos; mas valdria entónces dar mis versos al Pregonero para que los dixese. Ni manotees así, acuchillando el ayre: moderacion en todo; puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el uracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresion. Á mí me desazona en extremo ver á un hombre, muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarra los oidos del vulgo rudo: que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO 1.º

Así os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio: tu mis-

ma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y ésta á la accion: cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora, ha sido y es: ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imagen, cada nacion y cada siglo sus principales caractéres. Si esta pintura se exâgera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon: cuya censura debe ser para vosotros de mas peso, que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos Cómicos, que otros aplaudian con entusiásmo, por no decir con escándalo; los quales no tenian acento ni figura de Christianos, ni de gentiles, ni de hombres: que al verlos hincharse y bramar, no

los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz. Tan iniquamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO 1.°

Yo creo que en nuestra Compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que hacen (5) de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, quando el interés del drama deberia ocupar toda la atencion. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

SCENA IX.

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Y bien, Polonio, gustará el Rey de oir esta pieza?

POLONIO.

Sí, señor, al instante y la Reyna tambien.

HAMLET.

Vé á decir á los Cómicos que se despachen. ¿Quereis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.

Con mucho gusto.

SCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Quien es?.. ah! Horacio.

HORACIO.

Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.

Oh! señor...

HAMLET.

No creas que pretendo adularte: ¿ni qué utilidades puedo yo esperar de tí? que exceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte. ¿Habrá quien adule al pobre? no... Los que tienen almivarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estupida, y doblen los goznes de sus rodillas, donde la lisonja encuentre galardon. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos; tú fuiste el escogido y marcado para ella: por que siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y jui-

cio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta, dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazon: sí, en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo. Pero, yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey: una de sus scenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que quando este paso se represente, observes á mi tio con la mas viva atencion del alma: si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Exâminale cuidadosamente: yo tambien fixaré mi vista en su rostro, y despues uniremos nuestras observaciones, para juz-

gar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO.

Está bien, señor, y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

Ya vienen á la funcion: vuélvome á hacer el lôco, y tú busca asiento.

SCENA XI.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO, y acompañamiento de Damas, Caballeros, Pages y Guardias. Suena marcha Dánica.

CLAUDIO.

Cómo estás, mi querido Hamlet?

HAMLET.

Muy bueno, señor, me mantengo del ayre como el camaleon: engordo con es-

peranzas. No podreis vós cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprehendo esa respuesta, Hamlet: ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la Universidad? eh?

POLONIO.

Si, señor, así es, y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET.

Y qué hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio Cesar. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. Están ya prevenidos los Cómicos?

RICARDO.

Si, señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GETRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado. (a)

HAMLET.

No, señora, aquí hay un imán de mas atraccion para mí.

POLONIO.

Ah! ah! habeis notado eso?

HAMLET.

Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Si señor.

(a) *Getrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los Actores. Siguen por su órden las Damas y Caballeros. Hamlet se sienta en el suelo, á los pies de Ofelia.*

HAMLET.

Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

Qué dulce cosa es . . . (7)

OFELIA.

Qué decis, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

Quién, yo?

OFELIA.

Si señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertiros. Y, bien mirado, qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre que contenta está y mi padre murió ayer.

26



OFELIA.

Eh! no señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

Tanto ha? Oh! pues quiero vestirme todo de arminios y llevese el diablo el luto. Dios mio! dos meses ha que murió y todavia se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva, quizás, medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que sino, por la Vírgen santa, no habrá nadie que de él se acuerde: como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio.

Ya murió el caballito de palo
y ya le olvidaron así que murió.[a]

(a) *Suenan*(8) *trompetas, y se dá principio á la Scena muda. Salen el Duque y la Duquesa (que lo harán los Cómicos 1° y 2°) al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente: ella se arrodilla, mostrando el mayor respeto, él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el Duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormi-*

OFELIA.

Qué significa esto, señor?

HAMLET.

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA.

Segun parece, la Scena muda contiene el argumento del drama.

SCENA XII.

CÓMICO 4.° y dichos.

HAMLET.

Ahora lo sabremos por lo que nos diga

---

do. Sale el Cómico 3° (que hace el papel de Luciano, sobrino del Duque) se acerca, le quita al Duque la corona, la besa, le derrama en el oido una porcion de licor que lleva en un frasco, y hecho ésto se vá. Vuelve la Duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor: manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la Duquesa, la solicita y la ofrece dádivas: ella resiste un poco y le desdeña; pero al fin admite su amor. Vanse.

ese Actor: los Cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

Nos dirá éste lo que significa la scena que hemos visto?

HAMLET.

Sí, por cierto, y qualquiera otra scena que le hagais ver. Como no os avergonceis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.

Qué malo! qué malo sois! Pero, dexadme atender á la pieza.

CÓMICO 4.º

Humildemente os pedimos
que escucheis esta Tragedia,
disimulando las faltas
que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

Es esto prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA.

Qué corto ha sido!

HAMLET.

Como cariño de muger.

SCENA XIII.

CÓMICO 1.°, *CÓMICO* 2.°, *y dichos.*

CÓMICO 1.°

Ya treinta(9) *vueltas dió de Febo el carro*
á las ondas saladas de Nereo
y al globo de la tierra, y treinta veces
con luz prestada han alumbrado el suelo
doce lunas, en giros repetidos,
despues que el Dios de amor y el Himeneo
nos enlazaron, para dicha nuestra,
en nudo santo el corazon y el cuello.

CÓMICO 2.°

Y, oh! quiera el Cielo que otros tantos giros
á la luna y al sol, señor, contemos
antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
doliente, triste, y tan diverso ahora
de aquel que fuisteis... Tímida recelo...

Mas toda mi afliccion nada os conturbe:
que en pecho femenil llega al exceso
el temor y el amor. Allí residen
en igual proporcion ambos afectos,
ó no exîste ninguno, ó se combinan
éste y aquel con el mayor extremo.
Quan grande es el amor que á vós me inclina,
las pruebas lo dirán que dadas tengo;
pues tal es mi temor. Si un fino amante,
sin motivo tal vez, vive temiendo;
la que al veros así toda es temores,
muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO 1.°

Si, yo debo dexarte, amada mia,
inevitable es ya: cederán presto
á la muerte mis fuerzas fatigadas;
tú vivirás, gozando del obsequio
y el amor de la tierra. Acaso entonces
un digno esposo....

CÓMICO 2.°

No, dad al silencio
esos anuncios. Yo? pues no serian

traicion culpable en mí tales afectos?
Yo un nuevo esposo? No, la que se entrega
al segundo, señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de axenjos.

CÓMICO 2.º

Motivos de interés tal vez inducen
á renovar los nudos de Himeneo;
no motivos de amor: yo causaría
segunda muerte á mi difunto dueño,
quando del nuevo esposo recibiera
en tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO 1.º

No dudaré que el corazon te dicta
lo que aseguras hoy: fácil creemos
cumplir lo prometido y facilmente
se quebranta y se olvida. Los deseos
del hombre á la memoria están sumisos,
que nace activa y desfallece presto.
Así pende (10) *del ramo acerbo el fruto,*
y así maduro, sin impulso ageno,
se desprende despues. Dificilmente

nos acordamos de llevar á efecto
promesas hechas á nosotros mismos,
que al cesar la pasion cesa el empeño.
Quando de la afliccion y la alegria
se moderan los ímpetus violentos,
con ellos se disipan las ideas
á que dieron lugar, y el mas ligero
acaso, los placeres en afanes
muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
que en este mundo al fin nada hay eterno,
y aun se ignora si él manda á la fortuna
ó si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
se precipita, le abandonan luego
quantos gozaron su favor: si el pobre
sube á prosperidad, los que le fueron
mas enemigos su amistad procuran
(y el amor sigue á la fortuna en esto)
que nunca al venturoso amigos faltan,
ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan

los destinos del hombre y sus afectos,
y solo en él la voluntad es libre;
mas no la execucion, y así el suceso
nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
yugo tu libertad... Esas ideas,
ay! morirán quando me vieres muerto.

CÓMICO 2.°

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
sin descanso y placer viva muriendo,
desesperada y en prision obscura
su mesa envidie al heremita austero:
quantas penas el ánimo entristecen,
todas turben el fin de mis deseos
y los destruyan, ni quietud encuentre
en parte alguna con afan eterno;
si ya difunto mi primer esposo,
segundas bodas pérfida celebro.

HAMLET.

Si ella no cumpliese lo que promete...

CÓMICO 1.°

Mucho juraste. Aquí gozar quisiera

solitaria quietud, rendido siento
al cansancio mi espíritu. Permite
que alguna parte le conceda al sueño
de las molestas horas. (a)

CÓMICO 2.°

Él te halague
con tranquilo descanso, y nunca el Cielo
en union tan feliz pesares mezcle. (b)

HAMLET.

Y bien, señora, qué tal os vá pareciendo la pieza?

GETRUDIS.

Me parece que esa muger promete demasiado.

HAMLET.

Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.

Te has (11) enterado bien del asunto? tiene algo que sea de mal exemplo?

(a) *Se acuesta en un lecho de flores.*
(b) *Vase.*

HAMLET.

No, señor, no. Si todo ello es mera ficcion: un veneno.. fingido; pero mal exemplo, qué! no señor.

CLAUDIO.

Cómo se intitula este Drama?

HAMLET.

La Ratonera. Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el Duque se llama Gonzago y su muger Baptista... Ya, ya vereis presto... Oh! es un enredo maldito! Y qué importa? Á vuestra Magestad y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar: al rocin (12) que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero, á bien que nosotros no tenemos deshollado el lomo.

SCENA XIV.

CÓMICO 3.º y dichos.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del Duque.

OFELIA.

Vós suplis perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vós y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA.

Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es: siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la eleccion de maridos: de mal en peor. Empieza asesino...

Dexate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos . . . el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO 3.º

Negros designios, brazo ya dispuesto
á executarlos, tosigo oportuno,
sitio remoto, favorable el tiempo
y nadie que lo observe. Tú, extraido
de la profunda noche en el silencio
atroz veneno, de mortales yerbas
(invocada Prosérpina) compuesto:
infectadas tres veces y otras tantas
exprimidas despues, sirve á mi intento;
pues á tu actividad mágica, horrible,
la robustez vital cede tan presto. (a)

HAMLET.

Veis? ahora le envenena en el jardin, para usurparle el cetro. El Duque se llama Gon-

---

(a) *Acércase adonde está durmiendo el Cómico 1º destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor en el oido.*

zago.. es historia cierta, y corre escrita en muy buen Italiano. Presto vereis como la muger de Gonzago se enamora del matador. [a]

OFELIA.

El Rey se levanta.

HAMLET.

Qué? le atemoriza un fuego aparente?

GETRUDIS.

Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dexadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí

TODOS.

Luces, luces.

(a) *Levántase Claudio, lleno de indignacion. Getrudis, los Caballeros, Damas y Acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.*

SCENA XV.

HAMLET, HORACIO, CÓMICO 1.º, CÓMICO 3.º

HAMLET.

El ciervo herido llora[a]
y el corzo no tocado
de flecha voladora,
se huelga por el prado:
duerme aquel, y á deshora
veis éste desvelado:
que tanto el mundo va desordenado. (13)

Y, dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de la-

(a) *Hamlet canta estos versos en voz baxa, y representa los que siguen despues. Los Cómicos 1.º y 3.º. estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus ordenes.*

zos Provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podria hacerme lugar entre un coro de Comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

Mediano? excelente.

Tú sabes, Damon querido,
que esta nacion ha perdido
al mismo Jove, y violento
tirano le ha sucedido
en el trono mal habido,
un.. quién diré yo? un.. un sapo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

Oh! mi buen Horacio: quanto aquel espíritu dixo es demasiado cierto. Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí señor, bien lo he visto.

HAMLET.

Quándo se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

Ah! Quisiera algo de música [a]: traedme unas flautas... Si el Rey no gusta de la Comedia, será sin duda por que... por que no le gusta. Vaya un poco de música.

SCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, permitireis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

GUILLERMO.

El Rey...

(a) *A los Cómicos.*

HAMLET.

Muy bien, qué le sucede?

GUILLERMO.

Se ha retirado á su quarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

De vino, eh?

GUILLERMO.

No señor, de cólera.

HAMLET.

Pero, no seria mas acertado irselo á contar al Médico? No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

Oh! señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue, pues.

GUILLERMO.

La Reyna vuestra madre, llena de la ma-

yor afliccion, me envia á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si quereis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la Reyna; sino, con pediros perdon y retirarme, se acabó todo.

HAMLET.

Pues, señor, no puedo.

GUILLERMO.

Cómo?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata y mi razon está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á quanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.

Señor, lo que dice es: que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET.

Oh! maravilloso hijo! que así ha podido aturdir á su madre. Pero, dime, ¿esa admiracion no ha traido otra conseqüencia? No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero, quál puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad: no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentis.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

Cómo es posible? quando teneis el voto del Rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Sí, pero mientras nace la yerba... Ya es un poco antiguo el tal refran. Ah! ya están aquí las flautas.

SCENA XVII.

CÓMICO 3.° y dichos.

HAMLET.

Dexadme ver una... ¿Á qué tengo de ir

ahí? [a] Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me dá osadía; acaso el amor que os tengo, me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

(a) *Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero, si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas facil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos segun convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás que lindo sonido resulta. Ves? Estos son los toques.

GUILLERMO.

Bien, pero si no se hacer uso de ellos para que produzcan harmonía. Como ignoro el arte.

HAMLET.

Pues, mira tú, en que opinion tan baxa me tienes. Tú me quieres tocar: presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capáz de excelentes voces

y de harmonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? no, dame el nombre del instrumento que quieras: por mas què le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

SCENA XVIII.

POLONIO y dichos.

HAMLET.

Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la Reyna quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda: tiene figura de comadreja.

HAMLET.

Ó como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán éstos que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Facilmente se dice: al instante viene. Dexadme solo, amigos.

SCENA XIX.

HAMLET solo.

HAMLET.

Este es el espacio (15) de la noche, apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cimentërios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber caliente sangre: ahora podria executar tales acciones, que el dia se estremeciese al verlas. Pero, vamos á ver á mi madre. Oh! corazon! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se alvergue la fiereza de Neron. Dexame (16) ser cruel; pero no parricida. El puñal que ha de herirla, esté en mis palabras, no en mi mano: disimulen el corazon y la lengua: sean las que fueren las exêcraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

SCENA XX.

Gabinete.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

No, no le quiero aquí; ni conviene á nuestra seguridad dexar libre el campo á su locura. Prevenios, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor, es aquel que procura la exîstencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra Magestad.

RICARDO.

Si es obligacion en un particular defender

su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte; ¿quánto mas lo será conservar aquella, en quien estriba la felicidad pública? Quando llega á faltar el Monarca, no muere él solo; sino que, á manera de un torrente precipitado, arrebata consigo quanto le rodea. Como una gran rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas inumerables piezas menores; que si llega á caer, no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el Soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO.

Yo os ruego que os prevengais sin dilacion para el viage. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

SCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Señor, ya se ha encaminado al quarto de su madre: voy á ocultarme detras de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprehenderá fuertemente, y como vos mismo habeis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversacion alguien mas que su madre: que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos á Dios: yo volveré á veros antes que os recojais, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

Gracias, querido Polonio.

SCENA XXII.

CLAUDIO solo.

CLAUDIO.

Oh! mi [17] culpa es atroz! su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldicion mas terrible: la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro: que es mas fuerte que mi voluntad, el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por qual empezaré primero, y no cumplo ninguna... Pero, si este brazo exêcrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los Cielos piadosos suficiente lluvia, para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer,

ó de adquirirnos el perdon habiendo caido?. Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa.. Pero, ¿qué género de oracion habré de usar? Olvida, señor, olvida el horrible homicidio que cometí....Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambicion, mi corona, mi esposa.. ¿Podrá merecerse el perdon quando la ofensa exîste? En este mundo estragado sucede con freqüencia que la mano delinqüente, derramando el oro, aleja la justicia, y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo: que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas, sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?.. Probemos lo que puede el arrepentimiento.. y ¿qué no podrá?.. Pero, ¿qué ha de poder con quien no puede ar-

repentirse? Oh! situacion infeliz! oh! conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! Oh! alma mia, aprisionada! que quanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. Angeles, asistidme! provad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces, y tú corazon mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse. (a)

SCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... (b) Y así se irá al cielo... ¿y es esta mi venganza? No,

---

(a) *Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillon.*

(b) *Saca la espada: da algunos pasos en ademan de ir á herirle: se detiene, y se retira otra vez ácia la puerta.*

reflexîonemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria: ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprehendió á mi padre, acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que el Mayo tiene flores... ¿quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? pero, segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á éste la muerte, precisamente quando purifica su alma, quando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasion de executar mas tremendo golpe. Quando esté (18) ocupado en el juego, quando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ú cometa acciones contrarias á su salvacion; hiérele entónces: caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno

que ha de recibirle.[a] Mi madre me espera. Malvado: esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

SCENA XXIV.

CLAUDIO solo.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra.[b] Palabras sin afectos, nunca llegan á los oidos de Dios.

SCENA XXV.

Quarto de la Reyna.

GETRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza: decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables: que

(a) *Envayna la espada.*
(b) *Se levanta con agitacion.*

vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignacion que excitó. Yo, entretanto (19), retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET.

Madre, madre.[a]

GETRUDIS.

Así te lo prometo: nada temo. Ya le siento llegar. Retirate.[b]

SCENA XXVI.

GETRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.

Qué me (20) mandais, señora?

GETRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

(a) *Gritando desde adentro.*

(b) *Polonio se oculta detrás de unos tapices.*

HAMLET.

Madre, muy ofendido teneis al mio.

GETRUDIS.

Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GETRUDIS.

Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.

Y qué es eso, madre?

GETRUDIS.

Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita, que no me olvido. Sois la Reyna, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... oxalá no fuera así... Eh! sois mi madre.

GETRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET.

Venid, sentaos [a] y no saldreis de aquí, no os movereis; sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GETRUDIS.

Qué intentas hacer? [b] Quieres matarme?.. Quién me socorre?.. Cielos!

POLONIO.

Socorro pide... oh!..

HAMLET.

Qué es esto?.. un raton. Murió.. [21] un ducado á que ya está muerto.

(a) *Hamlet, asiendo de un brazo á Getrudis, la hace sentar.*

(b) *Al ver Getrudis la extraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que vá á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detras de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el vulto que halla, y prosigue hablando con su madre.*

POLONIO.

Ay! de mí!

GETRUDIS.

Qué has hecho?

HAMLET.

Nada... qué sé yo?.. Si sería el Rey?

GETRUDIS.

Qué accion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mia, accion sangrienta y quasi tan horrible como la de matar á un Rey y casarse despues con su hermano.

GETRUDIS.

Matar á un Rey?

HAMLET.

Sí, señora, eso he dicho. (a) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco.. á Dios. Yo te tomé por otra persona de mas

---

(a) *Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.*

consideracion. Mira el premio que has adquirido: vé ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... No [a], no os torzais las manos.. sentaos aquí, y dexad que yo os tuerza el corazon. Así he de hacerlo, sino le teneis formado de impenetrable pasta: si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GETRUDIS.

Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y dá nombre de hipocresía á la virtud: arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vexigatorio en ella: que hace mas pérfidos los votos conyugales que las

---

(a) *Volviendo á hablar con Getrudis, á quien hace sentar de nuevo.*

promesas del tahur. Una accion que destruye la buena fé, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras. Una accion, en fin, capáz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproxîmára su fin temido.

GETRUDIS.

Ay! de mí! ¿Y qué accion es esa que así exclamas al anunciarla, con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes, en ésta y ésta pintura[(a)], los retratos de dos hermanos. Ved quanta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos[(22)] del Sol: la frente como la del mismo Júpiter: su vista imperiosa y amenazadora, como la de Marte: su gen-

---

(a) *Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del Rey Hamlet, y otro de Claudio.*

tileza, semejante á la del mensagero Mercurio, quando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas! donde cada uno de los Dioses imprimió su caracter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo; que como la espiga con tizon, destruye la sanidad de su hermano. Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa, por el cieno de ese pantano inmundo? Ah! lo veis bien?... Ni podeis llamarlo amor: por que en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia, y ¿qué prudencia descenderia desde aquel á éste? Sentidos teneis, que á no ser así no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sen-

saciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos, cuya diferencia es tan visible... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de qualquier sentido, hubiera bastado á impedir tal estupidez... Oh! modestia, y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! si así pudiste inflamar las medúlas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea docil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GETRUDIS.

Oh! Hamlet! no digas mas.. Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

SCENA XXVII.

GETRUDIS, HAMLET, la SOMBRA del Rey Hamlet.

HAMLET.

Un Rey de botarga... Oh! espíritus (23) celestes, defendedme! cubridme con vuestras alas... Qué quieres, venerada sombra?

GETRUDIS.

Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante execucion de tu precepto terrible?.. Habla.

LA SOMBRA.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor quasi extinguido. Pero, ves? mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada y hallarás que la imaginacion obra con

mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Hablala, Hamlet.

HAMLET.

En qué pensais, señora?

GETRUDIS.

Ay! triste! y en qué piensas tú que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el ayre incorporeo.. Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados, á quienes improviso rebato dispierta. Hijo de mi alma! Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion, la paciencia fria.. ¿Á quién estás mirando?

HAMLET.

Á él, á él... ¿Le veis, que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras... Ay! no me mires así: no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al

executarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GETRUDIS.

Á quién dices eso?

HAMLET.

No veis nada allí?

GETRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

Ni oisteis nada tampoco?

GETRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

Mirad allí.. ¿le veis?.. ahora se vá... Mi padre... con el trage mismo que se vestia...Veis por donde vá?.. Ahora llega al pórtico.

SCENA XXVIII.

GETRUDIS, HAMLET.

GETRUDIS.

Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

Desorden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervålo y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba y vereis si os repito quantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. Ah! madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograreis solo irritar la parte ulcerada: aumentando la ponzoña pestífera, que interiormente la corrompe... Confesad al Cielo vuestra culpa, llorad lo pa-

sado, precaved lo futuro; y no extendais el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud: ya que en esta delinqüente edad, la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio; y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GETRUDIS.

Ay! Hamlet, tú despedazas mi corazon!

HAMLET.

Sí? Pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta, mas inocente. Buenas noches... Pero, no volvais al lecho de mi tio. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demas es un demonio; tal vez es un Ángel quando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad, con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os

hará mas facil la abstinencia próxîma, y la que siga despues la hallareis mas facil todavia. La costumbre es capáz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches, y quando aspireis de veras á la bendicion del Cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion... La desgracia de este hombre [(a)] me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano y á mi tambien, precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré á donde convenga y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Por que [(25)] soy piadoso debo ser cruel: ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que des-

---

(a) *Hace ademan de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dexándole en el suelo otra vez, vuelve á hablar á Getrudis.*

pues ha de executarse... Ah! escuchad otra cosa.

GETRUDIS.

Quál es? qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de quanto os he dicho, nada. Permitid que el Rey, hinchado con el vino; os conduzca otra vez al lecho y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mexillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos y os bese con negra boca. Agradecida entonces, declaradle quanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Sí, decidselo: por que ¿cómo es posible que una Reyna hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, morciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo seria posible callarselo? Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los páxaros se vuelen, y seme-

jante al mono (tan amigo de hacer experiencias) meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GETRUDIS.

No, no lo temas: que si las palabras se forman del aliento, y éste anuncia vida; no hay vida ni aliento en mí, para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GETRUDIS.

Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré, como de una vívora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensage, facilitarme la marcha, y conducirme al precipicio. Pero, yo los dexaré hacer: que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán



las cosas, ó yo excavaré una vara no mas debaxo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. Oh! es mucho gusto, quando un pícaro tropieza con quien se las entiende!.. Este hombre me hace ahora su gapapan [a].. le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor Consejero (que fue en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí, y acabar con ello. Buenas noches, madre.

(a) *Quiere llevar á cuestas el cadaver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie, y se le lleva arrastrando.*

ACTO QUARTO.

SCENA I.

Salon de Palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos, alguna causa tienen: dime qual es; conviene que la sepa yo... En donde está tu hijo?

GETRUDIS.

Dexadnos solos un instante. [(a)] Ah! señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.

¿Qué ha sido, Getrudis? ¿Qué hace Hamlet?

(a) *Vanse Ricardo y Guillermo.*

GETRUDIS.

Furioso está, como el mar y el viento, quando disputan entre sí qual es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detras del tapiz: saca la espada, grita: un raton, un raton, y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á tí misma, á todos en fin. Oh!.. y cómo disculparemos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros: por que nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndole en parage donde á nadie pudiera ofender. Pero, el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia: bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no de-

clararla, consiente primero que le devore la substancia vital. ¿Y á dónde ha ido?

GETRUDIS.

Á retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura, llora el error que ha cometido. Así el oro [1] manifiesta su pureza; aunque mezclado, tal vez, con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos, Getrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya: entánto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia, para ocultar, ó disculpar, un hecho tan indigno.

SCENA II.

CLAUDIO, GETRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Oh! Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude... Ham-

let, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del quarto de su madre. Id á buscarle: habladle con dulzura y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengais.[a] Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extension del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco) errando esta vez el golpe, dexará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. Oh!.. Vamos de aquí... mi alma está llena de agitacion y de terror.

(a) *Vanse Ricardo y Guillermo.*

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso! envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!.

GETRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras, como agudos puñales, hieren mis oidos... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino.. un malvado.. vil.. Inferior mil veces á vuestro difunto esposo... Escarnio de los Reyes, ratero del imperio y el mando: que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GETRUDIS.

No mas...

SCENA III.

Quarto de Hamlet.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro.. Pero...

RICARDO.

Hamlet, señor. (a)

HAMLET.

Qué ruido es este? Quién llama á Hamlet?.. Oh! ya están aquí. (b)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadaver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del qual es pariente cercano.

(a) *Desde adentro.*
(b) *Salen Ricardo y Guillermo.*

RICARDO.

Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

Ah!.. no lo creais, no.

RICARDO.

Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y, además, ¿qué ha de responder el hijo de un Rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

Entremetido me llamais?

HAMLET.

Sí, señor, entremetido: que como una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes á lo último de su carrera, es quando sirven mejor al Príncipe: por que éste, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que

entró, es el último que se traga. Quando el Rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enxuto otra vez.

RICARDO.

No comprehendo lo que decis.

HAMLET.

Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oidos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en donde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al Rey.

HAMLET.

El cuerpo(2) está con el Rey; pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa, que no vale nada... pero; guarda Pablo... Vamos á verle.

SCENA IV.

Salon de Palacio.

CLAUDIO solo.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadaver. ¡Qué peligroso es dexar en libertad á este mancebo! pero no es posible tampoco exercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud: cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delinqüente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que ésta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de ante mano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

SCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

Qué hay? qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga á donde ha llevado el cadaver.

CLAUDIO.

Pero, él, en donde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras ordenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el Príncipe.

SCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, Criados.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, en donde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

Á cenar? á donde?

HAMLET.

No á donde coma, sino á donde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el Monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come despues. El Rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes; pero se sirven á una misma mesa. En esto pára todo.

CLAUDIO.

Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un Rey, y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar, como un Rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En donde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que, si no le hallais en todo este mes, le olereis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle.[a]

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exîge que atiendas á tu propia seguridad la qual me interesa tanto, como lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Preparate, pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viage á Inglaterra.

HAMLET.

Á Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

(a) *Vanse los criados.*

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprehendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.

Yo veo un Ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. Á Dios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre... Padre y madre son marido y muger: marido y muger son una carne misma, con que... mi madre.. Eh! Vamos á Inglaterra.

SCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente: instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Quanto es necesario á esta comision está sellado y pronto. Id, no os detengais. [a] Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa) pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero Dinamarqués y en dócil temor me pagas tributos: no dilates tibia la execucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia, la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y

---

(a) *Vanse Ricardo y Guillermo.*

tu sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe; por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad, ni la alegria.

SCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTINBRÁS, un CAPITAN, Soldados.

FORTINBRÁS.

Id, Capitan (4), saludad en mi nombre al Monarca Danés: decidle que en virtud de su licencia, Fortinbrás pide el paso libre por su reyno, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su Magestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN.

Así lo haré, señor.

FORTINBRÁS.

Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

SCENA IX.

Un CAPITAN, HAMLET, RICARDO, GÜILLERMO, *Soldados.*

HAMLET.

Caballero (5), de donde son estas tropas?

CAPITAN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y, decidme, á donde se encaminan?

CAPITAN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

Quién las acaudilla?

CAPITAN.

Fortinbrás, sobrino del anciano Rey de Noruega.

HAMLET.

Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para deciros sin ródeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la qual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al Polaco; aunque á pública subhasta la vendan.

HAMLET.

Sin duda el Polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida

de la paz y excesiva abundancia, que revienta en lo interior; sin que exteriormente se vea la razon por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde. (a)

RICARDO.

Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

SCENA X.

HAMLET solo.

HAMLET.

Quantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo

---

(a) *Vanse el Capitan y los soldados.*

su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrupulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardia que de prudencia) yo no sé para que exîsto, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para executarla. Por todas partes hallo exemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso exército, conducido por un Príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su exîstencia fragil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros

mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo quando ocurre un gran motivo; sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa: quando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos: combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprehender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres.. Oh! de hoy mas, ó no exîstirá en mi fantasía idea ninguna, ó quantas forme serán sangrientas.

SCENA XI.

Galería de Palacio.

GETRUDIS , HORACIO.

GETRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO

Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasion.

GETRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastíma el pecho, y ayrada trastorna con el pie quanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, exâminando el fin con

que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GETRUDIS.

Será bien hablarla: antes que mi repulsa, esparza conjeturas fatales, en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. [a] El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delinqüente, que el temor de ser descubierto, hace tal vez que él mismo se descubra.

(a) *Vase Horacio.*

SCENA XII.

GETRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En dónde está la hermosa Reyna de Dinamarca?

GETRUDIS.

¿Cómo vá, Ofelia?

OFELIA.

¿Cómo al amante[a]
que fiel te sirva,
de otro qualquiera
distinguiria?
Por las veneras
de su esclavina,
bordon, sombrero
con plumas rizas,
y su calzado
que adornan cintas.

(a) *Estos versos y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*

GETRUDIS.

Oh! querida mia! y ¿á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA.

Eso decis?.. atended á ésta.

Muerto es ya, señora,
muerto y no está aquí.
Una tosca piedra
á sus plantas ví
y al cesped del prado
su frente cubrir.

Ah! ah! ah! [a]

GETRUDIS.

Sí, pero, Ofelia...

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian...

(a) *Dando risotadas.*

SCENA XIII.

CLAUDIO, GETRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GETRUDIS.

Desgraciada! Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian
como la nieve del monte
y al sepulcro le conducen,
cubierto de bellas flores,
que en tierno llanto de amor
se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena, Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fue antes una doncella, hija de un panadero.. Ah!.. Sabemos lo que so-

mos ahora; pero no lo que podemos ser.. Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto, y si os preguntan lo que significa, decid:

De San Valentino (7)
la fiesta es mañana:
yo, niña amorosa,
al toque del alva
iré á que me veas
desde tu ventana,
para que la suerte
dichosa me cayga.
Despierta el mancebo,
se viste de gala
y abriendo las puertas
entró la muchacha:
que viniendo virgen,
volvió desflorada.

CLAUDIO.

Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar; sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

Ay! mísera! Cielos!
torpeza villana!
¿Qué galan desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
le dice indignada.
Antes que en tus brazos
me mirase incauta,
de hacerme tu esposa
me diste palabra.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro
que no lo olvidára,
si tú no te hubieras
venido á mi cama.

CLAUDIO.

Quánto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... [a] Pero, yo no puedo menos de llorar considerando que le han dexado sobre la tierra fria... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... Vamos [b]: la carroza. Buenas noches, señoras, buenas [8] noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO.

Acompañala á su quarto, y haz que la asista suficiente guardia. [c] Yo te lo ruego.

(a) *Se entristece y llora.*
(b) *Con mucha viveza y alegria.*
(c) *Á Horacio.*

SCENA XIV.

CLAUDIO, GETRUDIS.

CLAUDIO.

Oh! Todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo, Getrudis, que quando los males vienen, no vienen esparcidos como espias; sino reunidos en esquadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado el mismo, justo motivo á su destierro) el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones, sobre la muerte del buen Polonio; cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon: sin la qual somos vanos simulacros ó comparables solo á los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secre-

tamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oidos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dexaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Getrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dán muchas muertes á un tiempo.

GETRUDIS.

Ay! Dios! (a) Qué estruendo es éste?

SCENA XV.

CLAUDIO, GETRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia?.. Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

(a) *Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la scena siguiente.*

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso que el que manifiesta el jóven Laertes, ciego de furor; venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida Señor, y como si ahora comenzase á exîstir el mundo; la antiguedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por Rey á Laertes. Los sombreros arrojados al ayre, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro Rey, viva Laertes.

GETRUDIS.

¡Con qué alegría sigue, ladrando, esa trahilla pérfida el rastro mal seguro en que vá á perderse! —

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

SCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GETRUDIS, Soldados, y Pueblo.

LAERTES.

¿En dónde está el Rey? Vosotros (a), quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dexeis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno Príncipe, dame á mi padre.

(a) *Volviéndose ácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*

GETRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espurio: infamaria de cornudo á mi padre é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima, la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero, Laertes, ¿quál es el motivo de tan atrevida rebelion?.. Dexale, Getrudis, no le contengas.... no temas nada contra mí. Exîste una fuerza divina que defiende á los Reyes: la traycion no puede, como quisiera, penetrar hasta ellos, y vé malogrados en la execucion todos sus designios... Dime, Laertes, por qué estás tan ayrado?.. Dexale Getrudis... Habla tú.

LAERTES.

En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GETRUDIS.

Pero no le ha muerto el Rey.

CLAUDIO.

Dexale preguntar quanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte?.. Eh!.. no, á mí no se me engaña. Vayase al infierno la fidelidad, llevese el mas atezado demonio los juramentos de vasallage, sepultense la conciencia, la esperanza de salvacion, en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni éste ni el otro mundo me importan nada... solo aspiro, y este es el punto en que insisto: solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola y no todo el universo,

y en quanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre ¿está escrito acaso en tu venganza, que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

Querrás, sin duda, conocerlos?

LAERTES.

Oh! á mis buenos amigos, yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso, los alimentaré si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la

muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dexadla entrar [a]

LAERTES.

¿Qué novedad.. qué ruido es este?

SCENA XVII.

CLAUDIO, GETRUDIS, LAERTES, OFELIA [b], *acompañamiento.*

LAERTES.

Oh! calor [10] activo, abrasa mi cerebro! Lágrimas, en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los Cielos te juro que esa demen-

---

(a) *Ruido y voces dentro.*

(b) *Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres; trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.*

cia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baxe la balanza... Oh! rosa de Mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!.. Oh! Cielos! y ¿es posible que el entendimiento de una tierna joven sea tan fragil como la vida del hombre decrépito?.. Pero la naturaleza(11) es muy fina en amor, y quando éste llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Llevåronle en su atahud
con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Á Dios, querido mio. Á Dios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitáras á

la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abaxito está (12) . . . . . .

llámele, señor, que abaxito está.

Ay! que á propósito viene el estrivillo . . . El pícaro del Mayordomo fue el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. Tomad, amigo (a), para que os acordeis... y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir

(a) *Á Laertes.*

á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA.

Aquí hay hinojo para vos [a], y palomillas y ruda [13]... para vos tambien, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla, yerba santa del Domingo... vos la usareis con la distincion que os parezca... Esta es una margarita [b].. Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron quando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario [14]
de plumas vario
me dá placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo; todo en su boca es gracioso y suave!

(a) *Á Getrudis.*
(b) *Á Claudio.*

OFELIA.

Nos dexa, se vá,
y no ha de volver.
No, que ya murió,
no vendrá otra vez . . .
su barba era nieve,
su pelo tambien.
Se fue, dolorosa
partida! se fue.
En vano exhalamos
suspiros por él.
Los Cielos piadosos
descanso le den.

Á él y á todas las almas christianas. Dios lo quiera . . . Eh! señores á Dios.

SCENA XVIII.

CLAUDIO, GETRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laer-

tes: no me niegues este derecho... Oyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos, aquellos que te parezca. Oigannos á entrambos y juzguen. Si por mi propio, ú por mano agena, resulto culpado: mi reyno, mi corona, mi vida, quanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Sino hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscarémos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decis... Su arrebatada muerte, su obscuro funeral: sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un exâmen, el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tu le obtendrás, y la segur terrible de la

justicia caerá sobre el que fuere delinqüente. Ven conmigo.

SCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, un CRIADO.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros, que segun dicen os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar.[a] Yo no sé de que parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

(a) *Vase el criado.*

SCENA XX.

HORACIO, dos *MARINEROS*.

MARINERO I.º

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO I.º

Así lo hará si es su voluntad. Estas cartas del Embaxador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO.

Horacio (a) *: luego que hayas leido ésta, dirigirás esos hombres al Rey para el qual les he dado una carta. Apenas llevavamos dos dias de navegacion, quando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado.*

(a) *Lee Horacio la carta.*

Viendo que nuestro navio era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envio, y tu ven á verme con tanta diligencia, como si huyeras de la muerte. Tengo unas quantas palabras que decirte al oido que te dexarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes á expresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Á Dios. Tuyo siempre, Hamlet. Vamos. Yo os introduciré para que presenteis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis

despues á donde queda el que os las entregó.

SCENA XXI.

Gabinete del Rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazon como á tu amigo: despues que has oido, con pruebas evidentes, que el matador de tu noble padre, conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta... Pero, decidme ¿por qué no procedeis contra excesos tan graves y culpables? quando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas, deberian excitaros tan particularmente á reprimirlos.

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles; para mí han sido muy poderosas. Una es(15), que la Reyna su madre vive pendiente quasi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon por que no puedo proceder contra el agresor publicamente es, el grande cariño que le tiene el pueblo: el qual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del Príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á uracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no exîste) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero, llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño: ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me dexe (16) remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

SCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, un GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del Príncipe: ésta para vuestra Magestad, y ésta para la Reyna.[a]

CLAUDIO.

De Hamlet! ¿Quién las ha traido?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Claudio que las recibió del que las truxo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Dexanos solos.

(a) *Dá unas cartas á Claudio.*

SCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Alto[(a)] *y poderoso Señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reyno. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia Real, y entonces, mediante vuestro perdon, os diré la causa de mi extraña y repentina vuelta. Hamlet.* ¿Qué quiere decir esto? Se habrán vuelto los otros tambien? ó hay alguna equivocacion? ó acaso todo es falso?

LAERTES.

Conoceis la letra?

CLAUDIO.

Sí, es de Hamlet... *Desnudo*[(b)], y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*... Qué puede ser esto?

(a) *Lee Claudio una carta.*

(b) *Exâminando con atencion la carta.*



LAERTES.

Yo nada alcanzo.. Pero, dexadle venir: que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon.. Sí, yo viviré, y le diré en su cara: Tú lo hiciste, y fue de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto.. Eh! cómo es posible!.. ¿Y qué otra cosa puede ser?.. ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Sí señor; como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viage, y reusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la qual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura mas leve de acusacion, su madre misma absolverá el hecho, juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponeis que yo sea el instrumento que las execute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demas que tienes no movieron tanto su envidia como ésta sola: que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud; pero que la es muy necesario: puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste, por abrigo y decencia... Dos meses há que estuvo aquí un

caballero de Normandía . . . Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos ginetes; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Párecia haber nacido sobre la silla, y hacia executar al caballo tan admirables movimientos, como si él y su valiente bruto animáran un cuerpo solo: y tanto excedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar, no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

Decis que era Normando?

CLAUDIO.

Sí, Normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues éste hablando de tí publicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y exercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque: tanto que dixo alguna vez, que seria un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito; si pudiera hallarse, puesto que segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites, quando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso, para batallar contigo. Fuera de esto...

LAERTES.

¿Y qué hay además de eso, señor?

CLAUDIO.

Laertes, amaste á tu padre? ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez apa-

rentan tristeza en el semblante, quando las falta un corazon.

LAERTES.

Por qué lo preguntais?

CLAUDIO.

No por que piense que no amabas á tu padre; sino por que sé que el amor (17) está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas: segun me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Exîste en medio de la llama de amor una mecha ó pávilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Quanto nos proponemos hacer deberia executarse en el instante mismo en que lo deseamos, por que la voluntad se altera facilmente, se debilita y se entorpece, segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces, aquel esteril deseo es semejante á un sus-

piro, que exhalando pródigo el aliento causa daño, en vez de dar alivio... Pero, toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve.. ¿Qué accion emprehenderias tú para manifestar, mas con las obras que con las palabras, que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no deberia un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu quarto: quando llegue Hamlet sabrá que tú has venido: yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de tí el francés. Por último, (18) llegareis á veros: se harán apuestas en favor de uno y otro... él, que es descuida-

do, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes: de suerte que te será muy facil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en qualquiera de las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatan: de qualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte; sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de quantos simples medicinales crecen debaxo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque, muera.

CLAUDIO.

Reflexîonemos mas sobre ésto... Exâminemos, qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño: por que, si

tal vez se malogra, y equivocada la execucion se descubren los fines; valiera mas no haberlo emprehendido. Conviene, pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capáz de asegurar el golpe, quando por el primero no se consiga. Espera... dexame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y.. Sí, ya hallé el medio. Quando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate) él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla solo; aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla... Qué ruido se escucha? (a)

(a) *Suena ruido dentro.*

SCENA XXIV.

GETRUDIS, CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Qué ocurre de nuevo, amada Reyna?

GETRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra: tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

Ahogada!.. en donde?.. Cielos!

GETRUDIS.

Donde(19) hállareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó, ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen baxo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman, dedos de muerto.

Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos; se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal, ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas, huecas y extendidas, la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y entanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas: como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero, no era posible que así durarse por mucho espacio.. Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorvian, la arrebataron á la infeliz: interrumpiendo su canto dulcísimo, la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

Qué en fin se ahogó? Mísero!

GETRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

Desdichada Ofelia! demasiada (20) agua tie-

nes ya, por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por mas que el valor se averguenze.. Pero, luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de fe-menil ni de cobarde... Á Dios señores... mis palabras de fuego arderian en llamas, sino las apagasen estas lágrimas imprudentes [a]

CLAUDIO.

Sigámosle, Getrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

(a) *Vase Laertes.*

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Cimenterio contiguo á una iglesia.

SEPULTURERO 1.° SEPULTURERO 2.°

SEPULTURERO 1.°

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTURERO 2.°

Digote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1.°

Yo no entiendo como vá eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2.º

Así han juzgado que fue.

SEPULTURERO 1.º

No, no, eso fue *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera: por que... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son: hacer, obrar y executar: de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2.º

Qué!.. Pero, oigame ahora el tio Socaba.

SEPULTURERO 1.º

No, dexa, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien... Pues señor, si este hombre vá y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo: por que, por fas ó por nefas, ello es que él vá... Pero, atiende á lo que di-

go. Si el agua viene ácia él y le sorprehende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte, no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2.º

Y qué hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1.º

Ya se vé que las hay, y por ellas se guia el juez que exâmina estos casos.

SEPULTURERO 2.º

Quiéres que te diga la verdad? pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO 1.º

En efecto dices bien y es mucha lástima que los grandes personages hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demas christianos, para ahogarse y ahorcarse quando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos

allá [a] con el azadon... Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores: que son los que exercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2.º

Pues qué, Adan fue caballero? [2]

SEPULTURERO 1.º

Toma! como que fue el primero que llevó armas... Pero, voy á hacerte una pregunta y sino me respondes á cuento, has de confesar que eres un...

SEPULTURERO 2.º

Adelante.

SEPULTURERO 1.º

¿Quál es el que construye edificios mas fuertes, que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navios?

(a) *Ponense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos.*

SEPULTURERO 2.º

El que hace la horca : porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1.º

Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca ; pero, cómo es bueno? es bueno para los que hacen mal : ahora bien, tu haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia, con que la horca podria ser buena para tí... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2.º

¿Quál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navios?

SEPULTURERO 1.º

Sí, dímelo y sales del apuro.

SEPULTURERO 2.º

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1.º

Pues vamos.

SEPULTURERO 2.º

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1.º

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello.. Tú eres un burro lerdo, que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Quando te hagan esta pregunta, has de responder: el Sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace, duran hasta el dia del juicio?.. Anda, ve ahí á casa de Juanillo y traeme una copa de aguardiente.

SCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1.º

SEPULTURERO 1.º

Yo amé en mis primeros años, (a)
dulce cosa lo juzgué;
pero casarme, eso no,
que no me estuviera bien.

(a) *Canta.*

HAMLET.

Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja, tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO 1.°

La edad callada en la huesa [a]
me hundió con mano cruel,
y toda se destruyó
la exîstencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... Como la tira al suelo el pícaro! co-

---

(a) *Canta.*

mo si fuese la quixada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al Cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

Ó la de algun cortesano, que diria: felicísimos dias, Señor Excelentísimo, ¿cómo vá de salud, mi venerado Señor?.. Ésta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano, para pedirsele prestado despues. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Oh! sí por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el hazadon de un sepulturero...

Grandes revoluciónes se hacen aquí, si hubiera en nosotros, medios para observarlas... Pero, ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?.. Eh! Los mios se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1.°

Una piqueta (a)
con una hazada,
un lienzo donde
revuelto vaya,
y un hoyo en tierra
que le preparan:
para tal huesped
eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿por qué no podria ser la calavera de un letrado?. ¿Adonde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus

---

(a) *Canta.*

interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribón, grosero, le golpee contra la pared, con el azadon lleno de barro?.. y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!.. Éste seria, quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones y reconocimientos, transacciones, seguridades mútuas, pagos, recibos... Vé aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas; todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrian dificilmente en su atahud, y no obstante eso; todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones, no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas!

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues, digote, que son mas irracionales que las terneras y carneros, los que fundan su fecilidad en la posesion de tales pergaminos.. Voy á tramar conversacion con este hombre. ¿De quién es esa sepultura, buena pieza? (a)

SEPULTURERO I.º

Mia, señor. (5)

y un hoyo en tierra (b)
que le preparan:
para tal huesped
eso le basta.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya por que estás aho-

(a) *Al Sepulturero.*
(b) *Canta.*

ra dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO I.º

Ve ahí un mentis demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

Para qué muerto cabas esa sepultura?

SEPULTURERO I.º

No es hombre, señor.

HAMLET.

Pues bien, para qué muger?

SEPULTURERO I.º

Tampoco es eso.

HAMLET.

Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO I.º

Un cadaver, que fue muger; pero ya murió.. Dios la perdone.

HAMLET.

Qué taymado es! Hablémosle clara y sencillamente, por que sino, es capaz de con-

fundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado quanto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le deshollará el talon.. ¿Quánto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO I.º

Toda mi vida, se puede decir. Yo comenzé el oficio, el dia que nuestro último Rey Hamlet venció á Fortinbrás.

HAMLET.

¿Y quánto tiempo habrá?

SEPULTURERO I.º

Toma! no lo sabeis? pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en que nació el joven Hamlet, el que está loco, y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

Oyga! y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO I.º

Por qué... por qué está loco, y allí co-

brará su juicio; y sino le cobra á bien que poco importa.

HAMLET.

Por qué?

SEPULTURERO 1.°

Por que allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

Y como ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1.°

De un modo muy extraño, segun dicen.

HAMLET.

De qué modo?

SEPULTURERO 1.°

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, qué motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1.°

Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande, por espacio de treinta años.

HAMLET.

Quánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1.°

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos) podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.

Pues qué tiene él mas que otro qualquiera?

SEPULTURERO 1.°

Lo que tiene es, un pellejo tan curtido ya, por mor de su exercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua: y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á qualquier hideputa de muerto. Vé aquí una calavera que ha estado debaxo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

De quién es?

SEPULTURERO I.°

Mayor hideputa, loco!.. De quién os parece que será?

HAMLET.

Yo cómo he de saberlo?

SEPULTURERO I.°

Mala peste en él y en sus travesuras!.. Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del Rey. (a)

HAMLET.

Ésta?

SEPULTURERO I.°

La misma.

HAMLET.

Ay! pobre Yorick!.. Yo le conocí, Horacio... era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil

---

(a) *El sepulturero le dá una calavera á Hamlet.*

veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos lábios donde yo dí besos sin número.. ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras Damas y dila, para excitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeyte en el rostro; al fin habrá de experimentar esta misma transformacion... [a] Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

Quál es, señor?

(a) *Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.*

HAMLET.

Crees tú que Alexandro, metido debaxo de tierra, tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

Y exhalaria ese mismo hedor... Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna. [a]

HAMLET.

En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!.. ¿Y por qué no podria la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alexandro, hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

(a) *El sepulturero 1° acabada la excavacion sale de la sepultura, y se pasea ácia el fondo del teatro. Viene despues el sepulturero 2° que trae el aguardiente, beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la scena siguiente: como lo indica el diálogo.*

HORACIO.

Á fe, que seria excesiva curiosidad ir á exâminarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí, con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dixeramos: Alexandro murió: Alexandro fue sepultado: Alexandro se reduxo á polvo: el polvo es tierra: de la tierra hacemos barro... ¿y por qué con este barro en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerbeza? El Emperador Cesar, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el ayre... Oh!.. Y aquella tierra, que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique, contra las intemperies del invierno... Pero, callemos... hagamonos á un lado, que... sí... Aquí viene el Rey, la Reyna, los Grandes... Á quién acompañan?

Qué ceremonial tan incompleto es éste!.. Todo ello me anuncia que el difunto que conducen, dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultemonos un poco, y observa.

SCENA III.

CLAÜDIO, GETRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, un CURA, dos SEPULTUREROS. Acompañamiento de Damas, Caballeros y Criados.[6]

LAERTES.

Qué otra ceremonia falta?[a]

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

(a) *Conducen entre quatro hombres el cadaver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detras sigue el Preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar á donde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.*

LAERTES.

Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exêquias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano: allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guixarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

Con qué no se debe hacer mas?

EL CURA.

No mas. Profanariamos los honores sagrados de los difuntos, cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que par-

ten de esta vida con mas christiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues.[a] Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, Clérigo záfio, te anuncio: que mi hermana será un Ángel del Señor, mientras tu estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

Que!.. la hermosa Ofelia!..

GETRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga.[b] Á Dios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

Oh! una y mil veces sea maldito, aquel,

(a) *Ponen el cadaver de Ofelia en la sepultura.*

(b) *Esparce flores sobre el cadaver.*

cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!.. No... esperad un instante, no echeis la tierra todavia... No... hasta que otra vez la estreche en mis brazos...[a] Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul extremidad del Olympo, que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que dá á sus penas idioma tan enfático?[b] el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?.. Yo soy Hamlet, Príncipe de Dinamarca.

(a) *Métese en la sepultura.*

(b) *Atravesando por en medio de todos, va ácia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo, y los separan.*

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides... Quita esos (7) dedos de mi cuello, por que aunque no soy precipitado ni colérico; algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente, debes evitarle... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GETRUDIS.

Hamlet! Hamlet!

TODOS.

Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No, por causa tan justa lidiaré con él, hasta que cierre mis párpados la muerte.

GETRUDIS.

Qué causa puede haber, hijo mio...

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia y quatro mil hermanos juntos no podrán, con todo su amor, exceder al mio... ¿Que quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GETRUDIS.

Por Dios, Laertes, dexale.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer.[a] ¿Quiéres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil [8], devorar un cayman? Yo lo haré tambien... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella?.. Pues bien, eso quiero yo: y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra

---

(a) *Los sepultureros llenan la sepultura de tierra, y la apisonan.*

inumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la torrida zona, y el alto Ossa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguage tan altanero como el tuyo.

GETRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma quando siente animadas las mellizas crias, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Oyeme: ¿quál es la razon de obrar así conmigo?.. Siempre te he querido bien... Pero.. nada importa. Aunque el mismo Hércules, con todo su poder, quiera estorvarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor. [a]

(a) *Vase Hamlet, y Horacio le sigue.*

CLAUDIO.

Horacio, vé, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia, mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Getrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo.. Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas; pero, entretanto, conviene sufrir.

SCENA IV.

Salon del Palacio. (a)

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demas; pero, ¿te

---

(a) *El mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la scena IX.*

acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delinqüente cargado de prisiones. Una temeridad.. Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella exîsto.. Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil; al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad, se malogran: prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo, pues, de mi camarote, mal rebu-

jado con un vestido de marinero, y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo: me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi quarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones, de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca, y aun á la de Inglaterra y.. oh! mil temores y anuncios de mal, si me dexan vivo... En fin, decia: que luego que fuese leida, sin dilacion, ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¡Es posible!

HAMLET.

Mira la orden aquí [a]: podrás leerla en

(a) *Le enseña un pliego, y vuelve á guardársele.*

mejor ocasion ; pero ¿quiéres saber lo que yo hice ?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama, aun antes de que yo hubiese comprehendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes Señores) que el escribir bien fuese un desdoro; y aun no dexé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, quan útil me ha sido tenerla. ¿Quiéres saber lo que el escrito contenia ?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Una súplica del Rey dirigida con gran-

des instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole, que su recíproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz, coronada de espigas, mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas. Pidiéndole, por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro exâmen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensageros; no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el Cielo, por que felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el qual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo parage y

nadie nota el cambio... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo, Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, quando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

Oh! qué Rey éste!

HAMLET.

¿Juzgas tú, que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? Él, que asesinó á mi padre y mi Rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis de-

rechos justos, que ha conspirado contra mi vida, valiéndose de medios tan aleves... ¿No será justicia rectísima castigarle con esta mano? No será culpa en mí, tolerar que ese monstruo exîsta, para cometer como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra qual ha sido el éxîto de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio y para quitar á un hombre la vida, un instante basta... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mi propio, no ví en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, si... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.

Callad... ¿Quién viene aquí?

SCENA V.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE.

HENRIQUE.

En hora (10) feliz haya regresado vuestra Alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero... Conoces á este moscon?

HORACIO.

No señor.

HAMLET.

Nada se te dé: que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él: ya se sabe, tiene su pesebre fixo en la mesa del Rey... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

HENRIQUE.

Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del Rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion... Pero, emplead el sombrero en el uso á que fue destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

HENRIQUE.

Muchas gracias, señor... Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

HENRIQUE.

Cierto que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo... á lo menos para mi complexîon, hace un calor que abrasa.

HENRIQUE.

Oh! en extremo... sumamente fuerte, co-

mo... yo no sé como diga... Pues, señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se...

HENRIQUE.

Oh! Señor... lo hago por comodidad... cierto... Pues ello es, que Laertes acaba de llegar á la Corte... Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes qualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza: por que en él se hallan quantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no desmerece nada en vuestra boca; aunque yo creí que, al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria

y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero, sin exâgerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exâctitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo: pues el que presuma buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

HENRIQUE.

Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en quanto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí, pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora, entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

HENRIQUE.

Cómo decis, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablarais con mas claridad? yo creo, señor, que no os seria dificil.

HAMLET.

Digo, que á que viene ahora hablar de ese caballero?

HENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

Eh! ya vació quanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Si señor, de ese mismo.

HENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto... Y bien, qué mas?

HENRIQUE.

Decia que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo, por no

igualarme con él: siendo averiguado que para conocer bien á otro, es menester conocerse bien á sí mismo.

HENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma: puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

Y qué arma es la suya?

HENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya adelante.

HENRIQUE.

Pues señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte, (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. Cureñas



como ellas!.. Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

Y á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo, que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

HENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los.. los cinturones.

HAMLET.

La expresion seria mucho mas propia, si pudieramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros, contra seis espadas francesas, con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas..¿Con qué esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decis) todas esas cosas?

HENRIQUE.

El Rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé, y él dice, que en las mismas doce, os dará nueve quando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente: si os dignais de responder.

HAMLET.

Y si respondo que no?

HENRIQUE.

Quiero decir, si admitis el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavia en esta sala: por que, si su Magestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta, si puedo; y sino puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HENRIQUE.

¿Con qué lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la substancia; despues lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

HENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

SCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

El hace muy bien de recomendarse á sí mismo: por que si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo, que empezó á volar y chillar, con el cascarón pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacía ya cumplimientos á la teta.. Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente por que saben acomodarse al gusto del dia, con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa.. y con ella tal vez suelen sorprehender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma; que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo, se reconoce lo que es: todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

SCENA VII.

HAMLET, HORACIO, un CABALLERO.

CABALLERO.

Señor, parece que su Magestad os envió un recado con el jóven Henrique, y éste ha vuelto diciendo que esperabais en esta

sala. El Rey me envia á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente, ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolucion y la sujeto á la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó quando guste; con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El Rey y la Reyna baxan ya, con toda la Corte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La Reyna quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

SCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de exercitarme, y creo que le llevaré ventaja... Pero... no podrás imaginarte que angustia siento, aquí en el corazon... ¿Y sobre qué?.. No hay motivo.

HORACIO.

Con todo eso, señor....

HAMLET.

Ilusiones vanas!... Especie de presentimientos, capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentis interiormente alguna repugnancia, no hay para que empeñaros. Yo me

adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispuesto.

HAMLET.

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un paxarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla: si no ha de venir ya, señal que es ahora, y si ahora no fuese, habrá de ser despues: todo consiste en hallarse prevenido para quando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir. (11)

SCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GETRUDIS, LAERTES, HENRIQUE, Caballeros, Damas, acompañamiento.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven, y recibe esta mano que te presento.[a]

HAMLET.

Laertes, si estais[12] ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Quantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desorden que mi razon padece. Quanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza, ó vuestro honor, qualquiera accion en fin, capáz de irritaros; declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet

---

(a) *Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.*

haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, por que estaba fuera de sí, y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fue Hamlet el agresor: por que Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quién pudo ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid, pues, que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion y espere de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el harpón sobre los muros de ese edificio, y por error heri á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliacion alguna; hasta que exâminado el

hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con síncera gratitud ese ofrecimiento, y en quanto á la batalla que vá á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos... Uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será dificil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Henrique. Hamlet, ya sabes quales son las condiciones.

HAMLET.

Sí, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil. [(a)]

CLAUDIO.

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos y aunque él haya adelantado despues; por eso mismo, el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado, Dexadme ver otro. [(b)]

(a) *Traen los criados una mesa, y en ella quando lo manda Claudio ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Getrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes que se disponen para batallar, y Horacio y Henrique en calidad de jueces ó padrinos.*

(b) *Henrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.*

HAMLET.

Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

HENRIQUE.

Si señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas, llenas de vino. Si Hamlet dá la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte dá un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El Rey beberá á la salud de Hamlet echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los quatro últimos Soberanos Daneses.. Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el Rey de Dinamarca á la salud de Hamlet... Comenzad, y vosotros que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos. (13)

LAERTES.

Vamos señor.[a]

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

HENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien: á otra.

CLAUDIO.

Esperad... Dadme de beber.[b] Hamlet, esta perla es para tí, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

(a) *Batallan Hamlet y Laertes.*

(b) *Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga despues la copa á Hamlet, y él rebusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.*

HAMLET.

Esperad un poco [a] . . Quiero dar este bote primero. Vamos . . Otra estocada. ¿Qué decis?

LAERTES.

Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

Oh! nuestro hijo vencerá.

GETRUDIS.

Está grueso, y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo, y limpiate el rostro . . . La Reyna brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet. [b]

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GETRUDIS.

Oh! señor, perdonadme: yo he de beber.

(a) *Vuelven á batallar.*

(b) *Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorvar, y Getrudis bebe segunda vez.*

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!.. pero... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GETRUDIS.

Ven, hijo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LEARTES.

Ahora vereis si le acierto.[a]

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á executarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes.. Pero, bien se vé que lo tomais á fiesta: batallad, os

---

(a) *Laertes habla con Claudio en voz baxa, mientras Getrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.*

ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burlais de mí.

LAERTES.

Eso decis, señor? Vamos. (a)

HENRIQUE.

Nada, ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora (b) ... ésta ...

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado.. Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

HENRIQUE.

Ved que tiene la Reyna.. Cielos!

(a) *Batallan.*

(b) *Vuelven á batallar, se enfurecen, trúecanse las espadas, y quedan heridos los dos. Horacio y Henrique los separan con dificultad. Getrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.*

HORACIO.

¡Ambos heridos! Qué es esto, señor?

HENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caido en el lazo que preparé.. justamente muero, víctima de mi propia traicion.

HAMLET.

¿Qué tiene la Reyna?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GETRUDIS.

No, no.. ¡La bebida!. ¡Querido Hamlet!.. ¡La bebida!.. Me han envenenado! (a)

HAMLET.

Oh! que alevosía!.. Oh!.. Cerrad las puertas... Traicion... buscad por todas partes... (14)

(a) *Queda muerta en la silla.*

LAERTES.

No, el traidor está aquí. [a] Hamlet, tú eres muerto.. no hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora, apenas.. En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta... Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás.. Tu madre ha bebido un tosigo.. No puedo proseguir.. El Rey, el Rey es el delinqüente. [b]

HAMLET.

¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

(a) *Dirá esto sostenido por Henrique.*

(b) *Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le dexa muerto en el suelo, y vuelve á oir las ultimas palabras de Laertes.*

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido.. defendedme.

HAMLET.

Malvado, incestuoso, asesino! bebe esta ponzoña.. ¿Está la perla aquí? Sí, toma [15], acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!.. él mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet y.. Oh! no caiga sobre tí, la muerte de mi padre y la mia, ni sobre mí la tuya! [a]

HAMLET.

El Cielo te perdone... Ya voy á seguirte.. Yo muero, Horacio.. Á Dios, Reyna infeliz [b].. Vosotros que asistis pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo [c]..La muerte

---

(a) *Cae muerto.*

(b) *Abrazando el cadaver de Getrudis.*

(c) *Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace extremos de dolor.*

es un ministro inexôrable que no dilata la execucion... Yo pudiera deciros... pero, no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta, á quien los ignora.

HORACIO.

¿Vivir? no lo creais. Yo tengo alma Romana, y aun ha quedado aquí parte del tosigo. [a]

HAMLET.

Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. Oh! querido Horacio! si esto permanece oculto, qué manchada reputacion dexaré despues de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apeteces: alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mun-

(a) *Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorvárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet y la tira al suelo.*

do llena de miserias, y divulga por él mi historia... ¿Qué estrépito militar es éste? [a]

SCENA X.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE, un CABALLERO y acompañamiento.

CABALLERO.

El jóven Fortinbrás que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que ois á los Embaxadores de Inglaterra.

HAMLET.

Yo espiro, Horacio, la activa ponzoña sufoca ya mi aliento.. No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo [16] á anunciar que Fortinbrás será elegido por aquella nacion. Yo, moribundo, le doy mi voto.. Díselo tú, é informale de quanto acaba de ocurrir.. Oh!.. Para mí solo queda ya... silencio eterno. [b]

(a) *Suena música militar, que se va aproxîmando lentamente.*

(b) *Muere.*

HORACIO.

En fin, se rompe ese gran corazon!.. Á Dios, á Dios, amado Príncipe. [a] ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!.. Pero, ¿cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores?

SCENA XI.

FORTINBRÁS, dos EMBAXADORES, HORACIO, HENRIQUE, Soldados, acompañamiento.

FORTINBRÁS.

¿En donde está ese espectáculo? [17]

HORACIO.

¿Qué buscais aquí? Si quereis ver desgracias espantosas, no paseis adelante.

FORTINBRÁS.

Oh! este destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia muerte! ¿Qué festin dispones en tu morada infernal, que así has

---

(a) *Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*

herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAXADOR I.º

¡Horroriza el verlo!.. Tarde hemos llegado con los mensages de Inglaterra. Los oidos á quienes debiamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus ordenes fueron puntualmente executadas: Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ¿quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

No las recibiriais de su boca, aunque viviese todavia: que él nunca dió orden para tales muertes. Pero, puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia y vosotros enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico: disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas des-

gracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes executadas con violencia y aleve astucia, y al fin, proyectos malogrados, que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTINBRÁS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca, que ya no formará sonido alguno... Pero, ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la execucion un instante solo: para evitar los ma-

les que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRÁS.

Quatro de mis Capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet, con las insignias correspondientes á un guerrero. Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente Monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hagánsele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento, mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros, haced que salude con descargas todo el exército.

NOTAS.

ACTO PRIMERO.

(1) Halló Shakespeare el argumento de esta Tragedia en la antigua Historia de Dinamarca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como lo están igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice, que Rorico reynó en Dinamarca desde los años de 3370, hasta el de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, Príncipe de gran valor, que se habia hecho famoso por la victoria que obtuvo de Coller Rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reynó poco tiempo, por que movido su hermano Fengo de envidia y ambicion le quitó la vida alevosamente, casándose despues con su cuñada Gerutha hija de Rorico: valiéndose para rendirla á su voluntad, de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco, para disimular mejor sus designios; bien que no pudo ocultarlos en tal manera que su tio no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque, donde Hamlet pasaba algunas horas del dia, y hablase con él: esperando que al verla depondria toda disimulacion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocul-

tarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia sola se lo sugiriese; Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el Rey en otra, que le salió mucho peor. Ausentóse de la Corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el quarto de la Reyna, para que quando Hamlet fuese á visitarla le observára cuidadosamente. Vino en efecto el Príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo y exâminando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama: hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espias que le oyesen, la reprehendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolucion en que estaba de vengarse: haciéndola prometer por último, que á nadie revelaria aquel importante secreto.

Viendo el Rey á su vuelta el mal éxîto de sus astucias, trató solo de acabar con el Príncipe, por qualquiera medio que fuese. Envióle á Inglaterra, acompañado de dos Consejeros suyos á quienes dió cartas para aquel Rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Éste, durante el viage, mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de los despachos que llevaban, y al ver lo

que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el Rey de Inglaterra, hizo ahorcar á los dos mensageros, acogió al Príncipe con extraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año despues de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el Rey á los señores de la Corte: Hamlet, en el desorden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los Grandes: quando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al Palacio, fue al quarto del Rey, que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados despues los Nobles del reyno, justificó ante ellos su conducta: le aclamaron Rey, y ocupó el trono, hasta que habiéndosele revelado Vicleto Gobernador de Seelandia murió á sus manos en una batalla, año de 3450 del mundo, 550 años antes de Jesu-Christo, segun el cómputo vulgar.

(2) *Ni un raton se ha movido.* Expresion muy natural en un soldado y muy agena de la sublimidad trágica. Mr. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer Acto de *Ifigenia.*

Mais tout dort, et l'armèe, et les vents, et Neptune.

Es menester mucha ignorancia ó mucha pasion, para dar tal fallo.

(3) *Mírale por donde viene.* La aparicion del muerto es ociosa é intempestiva en esta scena. Quan-

do la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exîgiria á lo menos, que se colocáran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la Tragedia con la aparicion de un espectro, ¿cómo ha de acabar? Qué objeto mas terrible podrá presentarnos el Poeta en lo restante del Drama? Por qué no se aparece desde luego al Príncipe Hamlet? Sale del purgatorio á este fin y malgasta las horas en pasearse á obscuras y espantar centinelas? Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia dexarse ver de otro que no sea el mismo? Es increible que un alma, venida del otro mundo, la yerre tan de lleno.

(4) *Nuestro último Rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden malamente con su conversacion. El desafio del Rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortinbrás, los preparativos que se hacen para resistirle y todo quanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la Tragedia: de esto y no de otra cosa debia tratarse. Dirán, que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados, de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortinbrás de Noruega.* No se halla ningun Rey de este nombre en la serie de los Reyes de Noruega. Véase la nota primera.

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aquí un estilo digno de la Tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan

quien fue Cesar, puesto que no habia nacido todavia. En quanto á lo del *humedo planeta*, *cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno*: puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto, no padece esta excepcion.

(7) *El iba ya á hablar quando el gallo cantó.* El Gallo deberia incluirse en la lista de los personages, puesto que tambien hace su papel. Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo, acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Lóndres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El Poeta Dramático no ha de adular la ignorancia pública; su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *La mañana cubierta con la rosada túnica.* Esta imagen es bellísima; *sed nunc non erat is locus.*

(9) *El joven Fortinbrás estimándome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortinbrás y esta guerra, nada tienen que ver con la accion del Drama. Fortinbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el quarto Acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los Embaxadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reynaldo, Henrique, el Capitan, el Cura del entierro, los Marineros, los Soldados del primer Acto, los Sepultureros y el exército de Noruega, todo es inútil. Este quadro está cargado de figuras, que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los persona-

ges que han ido saliendo á la scena, no se ha dicho cosa que importe; todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(10) *Algo mas que deudo, y menos que amigo.* En el original dice: *Á little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind.* Hanmer en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744 dice: que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del Autor.

(11) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes: dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(12) *No asestára el cañon.* Pintar al Omnipotente arrojando rayos á los hombres, ya es comun; pero imaginársele disparando un cañon de artillería, es cosa muy nueva por cierto. Notese que en tiempo de Hamlet no habia cañones, ni pólvora.

(13) *Fragilidad! tú tienes nombre de muger.* Literalmente dice: *Fragilidad! tu nombre es muger.* Letourneur traduce: *Oh! Fragilidad, la muger y tú teneis un mismo nombre.* De qualquier modo que se diga, será una locucion impropia para expresar que las mugeres son fragiles. ¿Á qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles, para exprimir una idea tan sencilla?

(14) *Aun antes de romper los zapatos.* Despues de esta imagen ridícula y humilde, vease estotra: *En un mes . . . enrojecidos aun sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento, con

mas energia y mas decoro? Por que Shakespeare ignoraba el arte, y no sabia borrar. No puede ser otra la razon.

(15) *Qué asuntos tienes en Elsingór?* Hasta ahora no se sabia qual fuese el lugar de la scena.

(16) *Señor, yo creo que le ví anoche.* Conservando diez ó doce versos de las scenas anteriores, podria suprimirse todo lo restante, y empezar la Tragedia por aquí.

(17) *Y en donde fue eso?* En todo este diálogo animado y rápido, se expresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del Príncipe.

(18) *Nada mas?* Quién duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? con qué amable sencillez manifiesta, en dos palabras, el estado de su corazon! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(19) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasage está obscuro en el original, como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho antes, esto es: que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo, con la lozanía de la juventud.

(20) *El no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Miscelaneas Literarias* traduce mal este pasage, diciendo: *Un Príncipe, un heredero del Reyno, no debe trinchar la vianda por sí mismo; es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(21) *La juventud, aun quando nadie la combate.*

Esta y otras muchas máxîmas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(22) *Algunos rigidos Pastores.* Sarcasmo del Autor contra los Eclesiásticos de su tiempo, de quienes los Poetas y Cómicos se hallaban ofendidos. El desorden y abusos del teatro llegaron á tanto que excitaron el zelo de los Ministros del Altar, y desde el púlpito declamaron altamente contra él. La representacion de los Dramas (como dice Erskine Baker en su *Biografia Dramática.*) Se juzgó perniciosa á la Religion, al estado, á la modestia y á las costumbres. La Reyna Isabel y Jacobo I. que protegian los espectáculos teatrales, se vieron, no obstante, precisados muchas veces á reprimir la excesiva licencia que reynaba en ellos: hasta que (son palabras del mismo autor) habiendo adquirido mayores fuerzas el Puritanísmo, se declaró contra ellos abiertamente, reputándolos por impios y diabólicos: y entre las muchas reformas hechas en el reynado de Carlos I. una de ellas fue la absoluta supresion de los teatros. En una orden expedida en 1647 se declaró á los Cómicos por gente pícara, mandáronse demoler todas las casas de Comedias, prender y azotar publicamente á las personas convencidas de haberlas representado, en contravencion á esta orden; exîgiendolas despues juramento de no volver á representar jamas, con pena de prision y otras mayores en caso de reincidencia. Tal fue el éxîto de la persecucion que el Clero de Inglaterra suscitó contra los espectáculos: la qual, no bien reprimida en tiempo de

Shakespeare con la proteccion de la Corte, mantenia en constante enemistad á los dos partidos.

(23) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos; pero no son del caso. Ni el viage de Laertes, ni el modo con que debe conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad, y fastidian, no deleytan al auditorio.

(24) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, quando se trata de dar consejos á una niña, obscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personage ridículo, y ¿no es error tambien, introducir en una Tragedia figuras ridículas?

(25) *Son relampagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre*, es *una violeta que se adelanta á vivir y no permanece*, es *perfume de un momento*; es *como los relampagos*, *que dan mas luz que calor*, *que se apagan pronto*, *y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos*, *es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras é imagenes resulta un solo pensamiento. Que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(26) *Esta noche se huelga el Rey.* ¡Graciosa idea, por cierto, pintar á un Rey emborrachándose al són de trompetas y clarines, y al estampido de los cañonazos! El pasage que sigue despues, en que por boca de Hamlet reprehende Shakespeare la intem-

perancia de los ingleses, se omite en la representacion, y falta en muchas ediciones. Hanmer cree que el suprimirle sea, por haberle creido demasiado verboso. No es por eso.

(27) *Angeles y Ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue despues.

(28) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere, espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! con qué muda inquietud se espera el éxîto! Ya se olvidan quantos desaciertos han precedido: aquí triunfa el talento del Poeta: ya ha conmovido con poderoso encanto los animos de la multitud, que le sigue atónita.

(29) *Refiéremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no deberia distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez; no adornos, que son impropios del personage que habla; no reflexîones, que el auditorio las hará.

(30) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á obscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Qué parage y qué ocasion, para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(31) *No exîste en toda Dinamarca.* Iba á decir-

les que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que ácaba de saber.

(32) *Por San Patricio.* Hamlet no podia jurar por San Patricio: este Santo Apóstol de Irlanda floreció mil años despues. En esta obra se habla de los Angeles y los Diablos, de Adan, Jesu-Christo, la Virgen, San Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la Santa Cruz, la Quaresma, el Domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor, que entre estas expresiones propias del Christianismo, y que suponen personages mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas: de donde resulta un embrollo inconexô y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la Historia profana, usos y costumbres. Alexandro, Cesar, Bruto, Roscio, Herodes y Neron, son posteriores á Hamlet: en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de Duque, Magestad, ni Alteza, ni reloxes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni Peregrinos, ni Conventos.

(33) *Sí, sí, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los scytas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer, en sus *notas á Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los Caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, expresando en la fórmula: *por esta espada*: *por la cruz de esta espada.* Á esta usanza aludió Don Nicolás Fer-

nandez de Moratin en una de sus obras inéditas, donde dice:

Y es fama que á la baxada
juró por la cruz el Cid,
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.

(34) *Ah! eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las expresiones familiares del original en todo este pasage; como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por, *sombra real*: lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo quan ridículo es en latin, y el *topo viejo*, le transforma en *fantasma invisible*. Esto no se llama traducir.

(35) *Por eso como á un extraño debeis hospedarle.* Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton *notas á Shakespeare.*) Notese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *extraño*, la significacion de *extrangero.*

(36) *Por mas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica despues.

ACTO SEGUNDO.

(1) *Scena I.* Esta scena se omite en la representacion: es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en expresiones poco decentes.

(2) *Sería un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (*Lord Chambelan* del Rey de Dinamarca: que equivale á Sumiller de Corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable: destinado á ser el gracioso de la Tragedia. Los que se obstinan en defender quanto deliró Shakespeare, dicen que el carácter de este personage está bien seguido, y tienen razon: dicen tambien que en las Cortes y en los Palacios hay abundancia de estos vichos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un Entremés, no para una Tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe debilitarse; todo esto se aviene mal con las tonterias de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen Poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inútil é inoportuno: elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural, que quando Antonio presentó en el Foro Romano á vista del pueblo, la túnica ensangrentada de Cesar, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa, que

en un rincon vendiese higos ó asára castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un quadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse: que era natural. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pintura debia producir: es natural, pero inoportuno y ridículo, y tú eres un artífice ignorante: puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pues entonces él dice . . . dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Moliere. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su propósito: su loquacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes: habla sin tino y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se vé que el Príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del Drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice: que no se vé que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella, que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la qual no piensen adivinar

el éxîto. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por exceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario: carecen de experiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será despues: la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí: proceden con temeridad, y solo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el exemplo de lo pasado, les hace en extremo tímidos y cavilosos: el vigor de los mancebos y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y éste atrevimiento, son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido Guillermo.* Vé aquí dos nuevos personages de quienes no se tenia noticia: condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Guildenstern* y *Rosencrantz.*

(7) *Los Embaxadores enviados á Noruega.* Estos Embaxadores salieron en el primer Acto de Elsingór: han ido á Noruega: han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi Soberano, y vos Señora.* Ya se vé que todo quanto dice Polonio en esta scena, vá dirigido á excitar la risa del público, y así se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de baxeza y sublimidad, al caracter de la nacion y no á ignorancia de los escritores; se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente mas risueños que los franceses; pero entre éstos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesía dramática:

han aplicado á cada uno de sus géneros, los personages, los afectos y el lenguague que les es propio, y aquella nacion ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Turcaret*, y llora con *Phedra*.

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exôrdios y rodeos de Polonio, las protextas de que será breve, (cosa que en él es imposible) las antitesis y equívocos que vierte á cada paso, para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente: su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagáz político, prudente padre, y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad, y con otros principios.

(10) *Pero, veis? qué lástima!* Hasta ahora todos los personages de la Tragedia original han hablado quasi siempre en verso; pero de aquí en adelante usa el Autor con mas freqüencia la mezcla de verso y prosa: en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas. Y para que se compruebe que no hay extravagancia, por grande que sea, que no halle imitadores, ésta ha sido modernamente resucitada por el Conde Alexandro Pepoli, Boloñés, Poeta de no vulgar ingenio. Éste, en una Tragedia ó sea Comedia, ó Drama, ó Miscelanea, ó lo que haya querido su autor, intitulada, *Ladislao*, impresa y representada en 1796, halló por conveniente que sus personages habláran (segun los caractéres y la situacion) ya en sonoro y heróyco

verso, ó ya en prosilla juguetona y pedestre. Véase, por exemplo, traducido con toda fidelidad un pedazo de la Scena tercera del Acto III. en que introduce el autor á *Otogar* Rey de Bohemia, *Adelarda* Reyna de Hungria y *Alexo*, Astrólogo embustero, entremetido, cobarde y bufón.

OTOGAR.

Baste Adelarda ya, que tus desvios
al fin me ostigan. Respondiste osada
al mensagero y le insultaste: es mucha
tu avilantéz, de mi bondad nacida.
Tiempo será que de tu Rey escuches
ordenes, ruegos no. Quiero que hoy mismo,
en este punto, la promesa otorgues
de ser mi esposa, al nuevo sol que aguardo.

ALEXO.

Lindamente, Señor, bueno! Con ese corazon de hierro es menester mucho rigor... ¡Si vierais que mal me trató á mí!

OTOGAR.

Respondeme, qué dudas?

ADELARDA.

Me impedia
la admiracion hablar. Quándo un imperio,
rebelde á ti, cadenas rompe y yugo,
tú de consorcios tratas? No te engañes
á tí mismo, Señor; tu mente heroyca
no en tal conflicto en meditar se ocupe
triunfos de amor, sino destrozo y muertes.

ALEXO.

Todas las mugeres son diablos, pero ésta es el mayor diablo de todas ellas, &c.

No hay para que citar mas: si hay oidos que puedan sufrir esta rechinante música, inútil será fatigarse en manifestar su discordancia. Lo peor es que los elogiadores de Shakespeare y el moderno autor italiano, dicen: que esto se ha hecho para imitar mejor la naturaleza; como si pudiera lograrse, confundiendo los medios de que se valen las artes para imitarla. Imaginese un quadro en que la figura que haya querido representarse tenga la cabeza abultada en cera, las ropas de tela de tapíz, una mano grabada al agua fuerte..y otra de baxo relieve en bronce, una pierna pintada al olio y otra de mosayco, y digan si podrá tolerarse un embrollo tan inconexô. Y no será, en verdad, porque no pueda hacerse una obra excelente, en cera, en piedra, pintada en lienzo, ú esculpida en metales, sino porque es absurda la union de tales medios, y siendo cada uno de ellos, considerado en particular, apto y proporcionado para formar una imitacion perfecta; si se confunden, destruyen mutuamente el placer que deberian producir. De aquí nace la desagradable sensacion que se experimenta en las Operas con la mezcla de recitado y canto y en las Zarzuelas y Tonadillas en que alternan la declamacion y la música; y tal es igualmente la que debe resultar quando se confunden la prosa y el verso en qualquiera representacion dramática: como sucede en la que se acaba de citar, en las de Shakespeare y otros autores ingleses, que incurrieron en el mismo defecto.

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se hallarán muchas expresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasage aluda á los versos de Juvenal, Sat. X. donde dice:

Sed quam continuis et quantis longa senectus
Plena malis! Deformem et tetrum ante omnia vultum,
Dissimilemque sui, deformem pro cute pellem,
Pendentesque genas, et tales aspice rugas,
Quales, umbriferos ubi pandit Tabraca saltus,
In vetula scalpit jam mater simia bucca.

....

Una senum facies, cum voce trementia labra,
Et jam laeve caput, madidique infantia nasi:
Frangendus misero gingiva panis inermi.

(13) *En tal caso, estareis colocados.* Este pasage se omite en la representacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente, de quantos en su tiempo escribian para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los Cómicos. (Hanmer.) Véase tambien la nota 22 del Acto I.

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasage duerme profundamente el Padre del teatro inglés. Aquí se trata de las compañias de Cómicos que representaban en Lóndres á fines del siglo XVI, entre las quales tenian mucho aplauso la de los Músicos de la Capilla Real y otra que llamaron de *Children of the revels.* (Niños de la diversion) las quales por el concurso que atrahian excitaron la envidia de los demás Cómicos, como se ve en esta scena claramente. Quán

grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para que ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe, que en este pasage Shakespeare *se aparta un poco de su asunto.* En efecto, se aparta un poco.

(16) *Así en la Tragedia como en la Comedia.* Á esta especie de catálogo que hace Polonio, de los varios géneros de piezas dramáticas que se representaban en tiempo del Autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la obra de Erskine Baker, citada en la nota 22 del Acto primero. Nuestros Poetas, aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos; han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas. *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Saynete* (que no es mas que Comedia en un acto) *Entremés* (que equivale á Farsa) y *Zarzuela* (que es lo mismo que Opera Cómica) y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el Abate Betinelli en su obra de *Il Risorgimento d' Italia.* cap. 3 dice, hablando del Teatro español. *Nuevos nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba, Comedia de capa y espada; otra, de dos partes ó jornadas; otra, de tres ingenios, Autos Sacramentales, Alegóricos Historiales y otras extravagancias semejantes á estas.* Es lástima, por cierto, hallar en un Literato de tan conocido mérito, equivocaciones que desacreditarian á un pedante foliculario y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus Comedias; aunque vulgarmente se llamen así,

aquellas en que no entran personages heróycos, para distinguirlas de las demás. Los *Autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *Autos*: y el ser una pieza de dos ó tres jornadas de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa Tragedia ó Comedia: ni el formar dos ó tres ó mas fábulas de un solo personage, quiere decir que los géneros se alteren y confundan. *Ifigenia en Tauris*, no es mas que una segunda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son Tragedias. *Ircana en Julfa*, é *Ircana en Hispahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa Persiana* y todas tres, Comedias arregladas, de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli exemplos de extravagancia, que no hallará tan abundantes, ni en el español, ni en el inglés, ni en otro alguno de Europa: y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculezes, quando Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aquí unos quantos nombres de los que sus autores han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial, á quien pertenece por excelencia el título de inventor. *Archicomedia caprichosa-moral. Anatopismo músico. Archidrama musical. Accion Regi-cómica moral. Comedia infernal. Comedia tropológica. Comedia tragicomedia en Comedia. Comi-drama. Capricho satiri-cómico. Drama heroy-cómico-histórico. Drama civil y rústico. Drama melo-trágico. Dramática grotesca. Etopeya trágica. Fábula eteroclita. Fábula trágico-regia-pastoral. Inventiva pastoral-scénica-representable. Opera heroi-tragi-satiri-cómica. Opera anagramáti-cómica. Parábola sa-*

cro-dramática. Representacion heremítica espiritual. Tragicomedia ideal Tragicomedia pastoral piscatoria. Trágico-sátira. Tragi-comedia pastrocómica-tricumena. Si no bastan los títulos citados véase la *Dramaturgia de Leon Alacci* y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudíto italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura extrangera: que faltó á la imparcialidad de buen crítico y que, fingiendo lo que no exîste, se olvidó de que en su tierra se habian escrito *Archidramas*, *Anatopismos* y *Etopeyas*, y *Fábulas eteroclitas* y *anagramáticómicas*, *infernales*, *heremíticas* y *tricumenas*.

(17) *Scena indivisible.* Hay quien ha creido que por *Scena indivisible* deba entenderse, *Scena fixa*: sacando de aquí la consegüencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quien fue el Poeta que tales obras compuso, ni quien las imprimió, ni quien las vió; no será temeridad presumir que jamás habrán exîstido. Estas piezas y las tres Comedias de Lope escritas con arte y las mil Tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una: pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(18) *La primera linea de aquella devota cancion.* En este pasage y el anterior en que habla de Jephte, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles, en tiempo del Autor.

(19) *Dios quiera que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de muger.

(20) *Pirro feróz con pavonadas armas.* Algunos eruditos han creido que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó agenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante: otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones, nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto, que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa qne no fuese perfecta. Los que no le juzguen impecable, hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasía robusta, imágenes atrevidas, expresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripcion, adornos inoportunos, viciosa abundancia; tales son las prendas que carácterizan éste y el siguiente pasage y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intencion de Pirro: la sangre quaxada, que le cubre de la frente al pie: el ayre de su espada, que postra al débil Priamo: el Ilion, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos: la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos: Hécuba, que intenta extinguir con su llanto el incendio de Troya: Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Priamo: las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas: son expresiones ó ideas tan propias del Autor de *Hamlet*, que equivalen á qualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas, impide á sus apasionados reconocerlas por suyas; sirvan de compensacion á estos defectos las dos excelentes comparaciones, de la calma que precede al rayo; y el golpe de los Ciclopes sobre las armas de Marte.

(21) *Quién se atreve á llamarme villano?* El pen-

samiento es: Será posible que yo (no acostumbrado jamás á que nadie me insulte) tolere ahora tan graves ofensas? sí, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexîon de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridículas con que la amplífica y adorna, lo echan todo á perder.

(22) *Prostituta vil.* Letourneur omitió en la version de este monólogo, lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la lexia, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina: no obstante haber prometido solemnemente en el Prólogo, que su traduccion *será exâcta y fiel, formando una copia parecida donde se verán: la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas, y los defectos del quadro original.*

(23) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y está seguro Hamlet de que el Rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del Príncipe? Quando vea por la scena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito (que le es necesario) estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet que ha fingido hasta ahora estár loco, ya parece que lo es de veras; pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos.* Véase la nota primera del primer Acto.

(2) *Exîstir ó no exîstir.* Johnson explica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: »*Hamlet que se vé ofendido del modo mas atróz, no hallando camino de vengarse sin exponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera. Antes que yo pueda formar plan ninguno conviene decidir, si despues de esta vida hemos de exîstir ó no. Vé aquí la qüestion, cuya resolucion determinará: si es mas conveniente al decoro y á la razon sufrir en paciencia los ultrages de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este sería un término apetecible; pero, si morir es soñar, esto es: conservar todavia la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexîonar; ¿qué especie de sueños pueden ocurrir despues de la muerte? Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad: esto dá fuerzas á la conciencia y entorpece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexîones.*"

No obstante la opinion que se acaba de exponer podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla: porque, ¿quá-



les pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? no es ocasion: su padre le pide venganza, el Cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion sabrá darle los medios de executarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso, ¿es bien que tema la muerte ni le asuste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creido acaso que es ficcion del demonio la aparicion que vió? pues si todo es falso, nada hay que emprehender: su tio no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el qual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por exemplo, en el primer Acto antes de la scena en que los Soldados hablan al Príncipe, y entonces será oportuno quanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidéz juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasages mas aplaudidos de esta Tragedia, y merece serlo. Las bellezas que en él se contienen no son de aquellas que se pierden en la traduccion, no son locales, no son proprias de tal ó tal siglo: son perceptibles á todos los hombres, porque se apoyan en la verdad: están dichas con eloqüente sencillez: convencen el entendimiento, y solo el que carezca de él podrá no admirarlas.

Entre las varias traducciones que se han hecho de este pasage, merece estimacion la de un célebre

Poeta francés; que no siendo fácil hallarla en otra parte, ha parecido conveniente trasladarla aquí.

Demeure: il faut choissir, et passer à l' instant
De la vie à la mort, et de l' etre au neant.
Dieux justes! s' il en est, eclairez mon courage.
Faut-il vieillir courbè sous la main qui m' outrage,
Supporter ou finir mon malheur et mon sort?
Qui suis-je? qui m' arrete? et qu' est-ce que la mort?
C' est la fin de nos maux, c' est mon unique asile;
Apres de longs transports, c' est un sommeil tranquille.
On s' endort, et tout meurt... Maís un affreux reveil
Doit succeder peut-etre aux douceurs du sommeil.
On nous menace; on dit que cette courte vie
De tourments eternels est ausitot suivie.
O mort! moment fatal! affreuse eternitè!
Tout cœur à ton seul nom se glace epouvantè.
Eh! qui pourrait sans toi supporter cette vie?
De nos fourbes puissants benir l' hipocrisie?
D' une indigne maitresse encenser les erreurs?
Ramper sous un ministre, adorer ses hauteurs?
Et montrer les langueurs de son ame abattue
A des amis ingrats, qui detournent la vue?
La mort serait trop douce en ces extremitès;
Mais le scrupule parle, et nous crie, arretèz.
Il defend à nos mains cet heureux homicide,
Et d' un heros guerrier, fait un chretien timide.

(3) *No, yo nunca te dí nada.* No se halla razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta scena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) *Dirás este pasage.* Ve aquí un Príncipe á

quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. Qué tranquilidad de animo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos.* En tiempo del Autor solian los cómicos ingleses introducir discursos y aun scenas enteras, inventadas de repente en el teatro: para dar novedad á los dramas, y lucir la prontitud de su ingenio; de lo qual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare. Hoy dia sucede lo mismo en Italia con las Comedias que llaman *á soggetto*, en las quales nada hay escrito sino el argumento y el orden de las situaciones. Pantalon, Briguela, Pulchinela, Tracañino y Tartalla, héroes de estas farsas indecentes, tienen libertad de decir quanto se les antoja: formando entre todos, no un drama regular y festivo (que esto es imposible) sino un conjunto de frialdades, desatinos, porquerias y desvergüenzas. Espectáculo indigno, por cierto, de una nacion tan culta, donde la modestia y la virtud no son nombres vanos.

(6) *Muy bruto fue el que cometió.* Estas puerilidades y equívocos necios, no son propios de la Tragedia, ni de la Comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves Predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usára en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Vease la *vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(7) El pasage que se ha dexado en blanco, es uno

de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That's a fair thought to lie between maids' legs!

(8) *Suenan trompetas*. En esta scena muda se representa la muerte del Rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio: que sufre en paciencia tal espectáculo, sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? no se adivina la razon. Ó debió interrumpir esta scena, luego que vió el argumento de ella, ó debia sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue despues: en la qual, nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Asi es, que este personage se contradice en su modo de proceder: quando ve la representacion muda, tolera mucho; y quando oye los versos, demasiado poco. En quanto á la temeridad del Príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del Acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió*. No dexa de estar un poco embrollada esta cuenta; no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Así pende del ramo*. Esto no es mas que una ociosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

(11) *Te has enterado bien del asunto*? Á buen tiempo lo pregunta el Rey! Pues ¿no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la Reyna y la usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta scena un hombre estúpido.

(12) *Al rocin que esté lleno de mataduras*. Sublimes imagenes para una Tragedia! Letourneur se

guardó muy bien de traducirlas, ¿para qué? su empeño era hacer creer á los franceses que habia algo en Inglaterra comparable ó superior á *Ifigenia*, *Radamisto*, y *Mahomet*, y no hubiera logrado persuadirselo conservando en su traduccion las mataduras, las coces y el lomo desollado del rocin.

(13) *Que tanto el mundo vá desordenado.* Ya logró Hamlet quanto pretendia: el Rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el gran secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso: cierto es que la providencia quiere su muerte: la vision terrible que habló al Príncipe no es ficcion diabólica, como temió; es el alma indignada de un Rey, de un Esposo, de un Padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe excitar en el joven Hamlet este momento, en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas; esto ha de sentir, de esto ha de hablar ... ¿Quién hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir. Aunque fuera diez veces mas delinqüente de lo que es, la obedeceré: porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares la noche era exêcrable y profana y el dia puro y santo. (Warburton *notas á Shakespeare.*)

(16) *Déxame ser cruel; pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas fe-

lices de que pudo usar el Autor, para hacer interesante este personage. Hamlet va á ver á la Reyna: la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprehenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero, á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la Tragedia y si en medio de su violento choque, se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas, que la naturaleza inspira; no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la comiseracion y al llanto.

Hanmer en la *vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sofoclés, dice así. *En ambas Tragedias se vé precisado un jóven Príncipe á vengar la muerte de su padre: sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos y se han casado despues con los agresores de aquel delito. Orestes baña sus manos en la sangre de su misma madre, y aunque no se vé esta bárbara accion en el teatro, se executa tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra pidiendo favor á Egisto é implorando perdon de su hijo, que la mata; mientras Electra desde la scena le anima al parricidio. Hamlet movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolucion de vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el Poeta inglés, con admirable prudencia y artificio, le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el ter-*

ror: la última de estas pasiones es propia de la Tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor conato.

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Euripides, seria mayor todavía la preferencia del Poeta inglés. La fábula de aquella Tragedia griega, los caractéres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos: todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atróz, que en ningun teatro moderno podría tolerarse.

(17) *Oh! mi culpa es atróz.* Ya se ha dicho que el carácter del Rey está lleno de contradiciones y la que se advierte en esta scena, no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viage de Hamlet á Inglaterra, para que le maten allí así que llegue, y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la scena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo quantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexô y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella excelentes pensamientos de filosofia christiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios? sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos? ó sobre la diferencia inmensa que exîste entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máxîmas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro, quando se introducen oportunamente y quando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso académico; sino que tocadas

ligeramente y unidas á los afectos del personage que las dice, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Quando esté ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al Rey; pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podrá salvarse, y suspende el golpe para quando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un Príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Vease la nota primera del primer Acto.

(20) *Qué me mandais, Señora.* En esta scena se compensan los defectos de plan y estilo, con el grande interés de la situacion, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas y la agitacion de los afectos

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico: semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personage ha sido poco necesario á la fábula: no ha excitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del Sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situacion en que se halla pide vehemencia de afectos, y sobriedad de estilo.

Las narraciones, las descripciones, los episodios, las disputas quasi académicas, las sentencias estudiadas y en gran número, inútiles á la accion; aunque por sí merezcan admiracion y elogio, entorpecen el curso de la fábula, dilatan la catástrofe, y hacen mudar en tedio la engañada curiosidad del espectador. (Metastasio. *Notas al Arte Poética de Horacio.*)

(23) *Espíritus celestes defendedme.* Esta aparicion del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor quasi extinguido de Hamlet, y á fe que no tiene razon: nunca el Príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta scena. Si hubiese venido quando se entretenia en dar lecciones de representar á los Cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexîones son justas, propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente, dan expresion y movimiento al diálogo; no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre, le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* Á Letourneur se le olvidó traducir todo este pasage.

ACTO QUARTO.

(1) *Así el oro.* Como el Rey acaba su discurso con una comparacion, la Reyna, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de esto tambien. Si Don Felix se compara con el eliotropio que sigue al sol, Doña Isabel le asegura que ella es como el imán enamorado del norte: si dice Don Carlos que su amor es único y solo, como el fenix de Arabia, Doña Leonor le replica que su constancia es el escollo, combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discretear, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y agenos de toda verisimilitud; y si al gran Metastasio no se le perdonan sus páxaros, sus arroyitos, sus encinas, sus navecillas, sus torrentes y uracanes, ¿qué indulgencia podrán esperar Calderon y Shakespeare?

(2) *El cuerpo está con el Rey.* Steevens lo inperpreta así: *El cuerpo está en la casa del actual Rey; pero el verdadero* (esto es: el precedente Rey) *no está con su cuerpo.* Á Mr. Eschenberg le parece mas natural de esta manera. *El atabud está cerca del Rey; pero el Rey no está todavia en el atabud*, que es decir: no está muerto aun, como debia estarlo. Letourneur cree que se pudiera explicar en estos términos. *El Rey no está con el cuerpo*, esto es: *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma*,

no tenemos Rey, no hay un verdadero Rey dentro de su cuerpo. Si todos los Comentadores de Góngora viniesen á interpretar este pasage, no podrian disipar la obscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet, que engordamos á los demas animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan despues, comiéndonos á nosotros: tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez, que tragó á un gusano, que se habia alimentado del cadáver de un Rey. Todo esto es verdadero y posible; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridículo, y en que un Príncipe de Dinamarca se explica en este pasage como un harriero de Sacedon.

(4) *Id Capitan.* Este es el Príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personage tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta, antes que se acabe la Tragedia.

(5) *Caballero, de donde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet habiéndose embarcado en Elsingór para ir á Inglaterra, se encuentra en el camino con un exército de Noruega, que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografia de Shakespeare no es de las mas exâctas.

(6) *Quantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces: culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexîones de su discurso, ó son inoportunas, ó encierran ma-

lísima doctrina. Fortinbrás que emprehende la conquista de un pais, que no vale cinco ducados y vá á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es un frenético, y su exemplo no debe ser imitado de ningun Príncipe justo, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos, la exponen por pequeños motivos, y éstos, (apreciándola en todo lo que vale) hacen de ella voluntario sacrificio, quando la necesidad de las circunstancias, su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exígen. En tiempo de Shakespeare duraban generalmente recibidas en Europa estas opiniones absurdas, que confundian la temeridad con el valor: Cervantes en su obra inmortal del *Quixote* dió el primer golpe al sistema caballeresco: la filosofia y las artes, rectificando las ideas y suavizando las costumbres, han acabado lo que él empezó. Sería deseable, no obstante, que por evitar un mal no cayésemos en otro, igualmente funesto; pero, ¿quién sabrá fixar á la opinion sus debidos límites? ni quando el hombre llegará á perfeccionarse sin corromperse?

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia de Mayo, al rayar el alva, y el jóven que las veía primero, aquel creían que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ú galán.

En una Comedia de Cervantes intitulada *Pedro de Urdemalas* se hace mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la que se acaba

de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana en la noche de San Juan, con el cabello suelto, y un pie desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dixesen en la calle: suponiendo que así debia llamarse el que habia de ser su marido. Á esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la citada Comedia.

Yo por conseguir mi intento
los cabellos doy al viento,
y el pie izquierdo á una bacía
llena de agua clara y fria,
y el oido al ayre atento.
Eres noche tan sagrada
que hasta la voz que en tí suena,
dicen que viene preñada
de alguna ventura buena
á quien la escucha guardada.
Haz que mis oidos toque
alguna que me provoque
á esperar suerte dichosa. &c.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la accion principal, es un episodio que produce en la representacion admirable efecto. No se caracteriza como la del Príncipe, con bufonadas, ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel llena su alma sensible de afliccion, turba su entendimiento, y en quanto hace y dice lo manifiesta. Se vá al campo, y texe guirnaldas y festones de flores y yerbas, que amontona sin eleccion: con ellos se corona y adorna: vaga inquieta de una parte

en otra, sin hallar en nada placer: solloza y rie, se enfada, tal vez; pero á nadie ofende: pisa y trastorna quanto halla al paso, enmudece melancólica y prorrumpe despues, cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazon, y otros en que no se vé conexîon ni objeto: á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda: á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y quando le vé no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegria, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel, que dió á esta figura toda la expresion imaginable.

(9) *Huid Señor.* Todo lo restante de éste acto está lleno de accidentes atropellados é inverisimiles. Laertes, que partió para Francia al empezarse la Tragedia, está ya de vuelta en Elsingor, furioso por vengar la muerte de su padre, sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama Rey, combate y dispersa las guardias del palacio y entra en él, seguido de sus parciales; sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nacion esté disgustada con el Soberano, sin que se alcance por que el pueblo pone los ojos en un Caballero particular como Laertes, que pasa su vida en hacer viages; olvidándose del Príncipe, legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconseqüencias manifiestan que el Autor se cansó poco en estudiar el plan de su Tragedia; pero en aquel tiempo (exceptuándo en Italia, donde ya se conocia

el arte) todos los Poetas Dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega, Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

(10) *O calor activo!* Hoy dia se exîge mas correccion de ideas en qualquier autor: nadie habla ya con su calor, ni con sus lágrimas, y si lo hiciera se burlarian de él.

(11) *La naturaleza.* Este concepto alambicado que se rompe de puro sutíl, pudiera tener lugar en una Oda amorosa de Solís, ó en un Soneto de Villamediana; en boca de Laërtes son muy inverisimiles tales expresiones:

Et ce n' est point ainsi que parle le nature.

(12) *Abaxito está.* Por no dexar éste pasage en blanco, ha sido necesario substituir una traduccion quasi arbitraria. El original dice: *Down a-down an you call him a-down-a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de: *Ay no ni, ay ay no ni*, son estrivillos usados en tiempo del Autor. En nuestras Comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes: por exemplo, en la de *Guardarse á sí mismo*, cantan:

Luneta
atalá allá de la sonsoneta.

En la de *El garrote mas bien dado.*

Yo soy tiritiritayna
flor de la xacarandayna.
Yo soy tiritiritina
flor de la xacarandina.

Esto y los estrivillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cúcú, holehole, chandé, trompilipitrompili, zerengue, cachirulo y otros de ésta especie; ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(13) *Y ruda para vos tambien.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del Domingo, porque los Curas Católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á lòs energúmenos quando los exôrcizaban, y esto se practicaba en los Domingos. (Warburton en sus *Notas á Shakespeare.*)

(14) *Un solitario.* El páxaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño: y quando una de éstas aves entraba en alguna casa, creian que anunciase la muerte próxîma de alguno de aquella familia. (Letourneur, *Notas á Shakespeare.*)

(15) *Una es que la Reyna su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del Príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir al uracan, y se vuelven al arco; son floreos Calderonianos, que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Lóndres, que en el de Madrid.

(16) *Que me dexe remesar la barba.* El tocar la barba de otro se reputaba antiguamente por accion ofensiva, y ésta opinion fue general á muchas naciones. Quando los Galos entraron en Roma, uno de ellos tocó por desprecio la barba de Marco Papirio, y de esta burla resultó la muerte de todos los Senadores, segun lo refiere Tito Livio en el libro 5. *Ad eos velut simulacra versi quum starent, M. Papirius unus ex his dicitur Gallo barbam suam, ut tum omnibus promissa erat, permulcenti, scipione eburneo in caput incusso, iram movisse; atque ab eo ini-*

tium cœdis ortum, cœteros in sedibus suis trucidatos.

En la *Crónica del Cid* cap. 291 se hace mencion de un milagro ocurrido con un Judio que quiso tocar la barba de aquel gran caudillo, quando estaba muerto. *El Judio quando se vido en su cabo comenzó de cuidar é á decir entre si mesmo. Este es el cuerpo de aquel Cid Ruy Diez, de quien dicen que en toda su vida nunca le trabó home del mundo de la barba: quiérole yo agora trabar de la barba é veré que será aquello que me podrá facer él. El estonce tendió la mano por trabar de la barba al Cid; mas ante que llegase él la mano á la barba, el Cid tiró la mano derecha que tenia en las cuerdas del manto, é trabó en él arrias de la espada, é sacóla fuera de la vayna quanto un palmo. É quando ésto vido el Judio, ovo atán gran miedo que cayó en tierra amortescido de espaldas.*

(17) *El amor está sugeto al tiempo.* En este pasage se repiten las mismas ideas que puso el Autor en boca del Cómico en el Acto III. pág. 147 y sig.

(18) *Por último llegareis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al Príncipe es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere hacerle morir en su palacio, á vista de su madre, de sus amigos, de toda la Corte, ó herido por un florete sin boton, ú emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. ¿Pues cómo no teme que la muerte de Hamlet producida por tales medios, descubrirá la traicion á los ojos de todos y que no habrá nadie que no le juzgue autor ú cómplice? ¿Cómo no teme que resulten alborotos en el pueblo ú ofendido de la alevosa muerte de su Príncipe ó haciéndose de la parte del matador, á quien

poco antes ha proclamado Rey? ¿No es de creer que en ésta general conmocion Claudio será la víctima sacrificada á la venganza pública? ¿Hay circunstancia en este proyecto que no le manifieste peligroso y absurdo? ¿Es posible que un Rey malvado, no halla medios mas seguros de consumar un delito de esta especie, sin dilacion, sin publicidad, sin exponerse á perder en la empresa el cetro y la vida? La ausencia del Príncipe le facilita la execucion: ¿por qué no estorba su venida á Elsingor? ¿Por qué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea, ni lo sepa, y salva entónces todas las dificultades: su maldad queda oculta y se libra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba qual fuese el carácter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por el Rey, nadie dudará que es un mal caballero sin ideas de honor, ni de virtud.

(19) *Donde hallareis un sauze.* La narracion de la muerte de Ofelia, es bastante breve y aunque se omitiera el segundo periodo, en que se hace enumeracion de las flores que la adornaban, nada se perderia. En situaciones semejantes á ésta no se toleran largos discursos: porque si el suceso debe excitar violentos afectos en el personage que escucha; no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio lo luzca, con una vana verbosidad. La relacion de la muerte de Hipólito en la *Phedra* de Racine, peca demasiado contra este precepto: los críticos culpan el silencio de Teseo, y la tranquilidad con que oye el pomposo discurso de Teraméne, y cuentan este defecto, entre los pocos de aquel gran trágico francés.

(20) *Demasiada agua tienes ya.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse: por mucho que llore no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamás, y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo quanto dice Laertes en este pasage es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerias de que esta obra está llena las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el Sumiller de Corps del Rey de Dinamarca, los Grandes y Caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras scenas del Acto V, se presentan nuevos personages y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se vé una iglesia, un cimenterio, dos sepultureros cabando una sepultura, esparciendo por el teatro, la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios; para excitar la risa del vulgo, en medio de tanto horror. Esta scena (que no tiene semejante en ningun teatro de Europa, y que en Londres se repite con freqüencia y aplauso) dá una idea del gusto particular de aquella nacion, y de la poderosa influencia que tiene el pueblo en sus espectáculos. El célebre Garrick tentó una vez representar esta

Tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo: quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro y acudia á deleytarse con *Hamlet*, tal qual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, Reyes y Emperadores borrachos, discursos filosóficos, lenguage altísono, batallas y entierros, bruxas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon, ni un Newton.

(2) *Pues qué, Adan fue Caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el Tio Socaba que Adan fue el primero que tuvo brazos, el tio Rasura lo entiende mal y replica que Adan no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adan no podia cabar si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasage, el qual traducido á la letra es como se sigue:

SEPULTURERO 1.°

Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cabadores, que son los que exercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2.°

Pues qué, Adan fue caballero?

SEPULTURERO 1.°

Toma! como que fue el primero que llevó armas. (brazos)

SEPULTURERO 2.°

Que! si nunca las tuvo.

SEPULTURERO I.°

Vaya, tú debes de ser algun gentil... pues cómo entiendes aquello de la Escritura? La Escritura dice: Adan cabó; ¿y cómo podia cabar sin brazos? (armas) *No hay remedio. Pero, voy á hacerte una pregunta &c.*

(3) *Que poco siente ese hombre.* Si parece extraño que los sepultureros hagan papel en una Tragedia, mas lo parecerá que un Príncipe trame conversacion con ellos, sufra sus necedades y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el Autor! horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas! y qué estilo tan ageno del decoro trágico! La calavera del que pedia prestado el caballo, de la qual el señor gusano se apoderó: la del Letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se vé estropeada con el azadon y llena de barro: la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no: la explicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un curtidor: las profundas reflexîones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto: sobre que los compradores de tierras, son mas brutos que las terneras y carneros: sobre si seria posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerbeza con las cenizas de César y Alexandro... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¡Qué desengaño para los que piensan que un Poeta solo necesita ingenio! Vé aquí lo que produxo el grande ingenio de Shakespeare.

(4) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *Loggats*: las piezas con que la gente ordinaria le jugaba solian hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mia, Señor.* La obscuridad que se nota en este pasage nace de la varia significacion del verbo *to lie*: que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aquí resulta en el original un equívoco ridículo, que no se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET.

Si, yo creo que es tuya porque estás (mientes) *ahora dentro de ella.*

SEPULTURERO.

Vos estais (mentis) *fuera de ella, y por eso no es vuestra: por lo que hace á mí, yo no estoy* (no miento) *dentro de ella; pero no obstante es mia.*

HAMLET.

Tú estás (mientes) *en ella, y estando en ella, dices que es tuya; pero la sepultura es para los muertos, &c.*

(6) *Que otra ceremonia falta.* Á una scena de cimenterio y sepultura, no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su atahud, sus clerigos y su acompañamiento detrás: en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay; pero donde el gobierno ha sabido conocer quanto influyen sobre las costumbres y la opinion, los espectáculos del teatro, se los dá tales, que le instruyan al paso que le diviertan: no

que adulen su ignorancia y le aturdan, sin enseñarle.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Vé aquí un Príncipe y un gran Señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. Si Shakespeare (como quieren algunos) imitó constantemente la naturaleza; deberá inferirse que en su tiempo iban los Príncipes á pasearse por los cimenterios, departian con los enterradores, y se acacheteaban con los Grandes. Shakespeare imitó muchas veces la naturaleza con admirable felicidad, otras la copió servilmente como ella es en sí, y otras, abandonándose al exceso de su imaginacion acalorada y libre, formó pinturas ideales y monstruosas que á nadie se parecen. Á la extravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo; humilde y grosero en boca de Laertes, quando insulta al Clérigo záfio, y en la de Hamlet, quando habla de los quatro mil hermanos y del gato y el perro: inflado y campanudo, quando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona torrida y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la Reyna, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta, esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! Qué triste reflexîon la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparacion la de la paloma, cubriendo inmóbil sus nuevas crias!

(8) *Esil.* Lago inmediato á Elsingór.

(9) *Pues sabrás amigo.* Horacio acompañado de los marineros fue á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante, como es el saber lo que le sucedió en su viage al Príncipe, y por qué extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los vé salir al principio del quinto Acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio, no es demasiado curioso, el Príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacíon no estuviese llena de circunstancias inverisimiles. ¿Tan poco recelosos estaban del Príncipe los dos mensageros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del Rey, que así se los dexan quitar? ¿Es verisimil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creible que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el Príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltára al baxel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el Corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al Príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni como halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta scena se confirma, que los dos mensageros siguieron su viage á Inglaterra: ¿para qué? ¿no saben ya que el Rey quiere deshacerse de Hamlet, y que

á este fin le ha enviado en su compañía? ¿pues á qué prosiguen el viage que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al Corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al Rey, y hacerle saber lo ocurrido, para que determinase lo que en tal caso conviniera? El Autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.
Véase la nota primera del primer Acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personage es un cortesano zalamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento: así que vierte los dos ó tres periódos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe que decir. La presente scena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Henrique (en el original se llama Osrick) las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caluroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace, imitando su estilo ponderativo y crespo: son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos. Si el Autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, Ricardo y Guillermo, qualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personages: cuyo número, si es excesivo, aun quando sea necesario, embaraza mucho la fabula. En esta hay treinta y dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir.* La voz comun de que el corazon no es traidor, carece de fundamento: despues de ocurrido un mal se dice que lo anunciaba el corazon; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad, son quasi siempre vanos, y si tal vez aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en tal obscuridad nos guia y ésta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá despues, y quando nos obstinamos en penetrarlo; pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el ánimo á qualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de sí al temor, que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen, nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos baxo la mano de una Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinion de Hamlet.

(12) *Si estais ofendido.* Al acercarse la catástrofe hace el Autor mas amable al Protagonista. Hamlet, reconociendo el exceso que cometió, pide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder, hacen resaltar mas la perfidia de sus enemigos, que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la scena de la sepultura y los mogicónes, no parecerá tan extravagante, como lo es en efecto, el haber introducido un desafio de espada para desenlazar una Tragedia. La Reyna muere por una equivocacion, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet, y es de admirar en esto la falta de precaucion de Claudio, y el poco esfuerzo que hace para im-

pedir que beba la Reyna, á quien ciertamente no queria matar. Laertes muere tambien por otra casualidad; ni se alcanza como pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo qual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusion de la Tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situacion y los personages.

(15) *Toma, acompaña á mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama: la qual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el Cielo encargó la execucion. Todos los principales personages de esta Tragedia mueren, culpados é inocentes; sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico, pues al contrario le disminuye, dividiendo el interés que deberia concentrarse en uno solo. Los quatro cadáveres que ensangrientan la scena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el Autor hizo la crítica de su obra, quando dixo por boca de Fortinbrás: que tal espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasage está un poco obscuro. Parece que el Autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la eleccion de los Soberanos Daneses. Hamlet insinúa su deseo de que Fortinbrás le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

(17) *En donde está ese espectáculo?* Como el personage de Fortinbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya, sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los Embaxadores ingleses en Elsingór, con la noticia del mal despacho que hallaron en Lóndres aquellos infelices.

ERRATAS.

EN LA VIDA DE SHAKESPEARE.

Llana.	*Lín.*		*Léase.*
16	10	ni han inventarse...	ni han de inventarse
30	9	Sewell Grey.........	Sewell, Grey

EN LA TRAGEDIA.

Pág.			
17	9	compapañera........	compañera
273	8	fecilidad.............	felicidad
326	3	Fortimbrás...........	Fortinbrás.

Se omiten otras de menor consideracion.





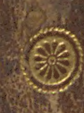




HAMLET ·

TRAGEDIA







Ha.
2801